



Mijaíl

Bulgákov



LOS

HUEVOS



FATALES



Lectulandia

Inscrita claramente en la línea tradicional de la sátira rusa, el relato de Mijaíl Bulgákov *Los huevos fatales*, alegoría satírica y científica a la vez, constituye una diatriba tragicómica y surrealista contra los formalismos de la burocracia y contra la ignorancia y la torpeza endémicas del poder. No en vano las obras de Bulgákov fueron tachadas de «contrarrevolucionarias» por los críticos del paraíso stalinista, que finalmente consiguieron la prohibición y el silencio de un autor molesto.

Los hechos referidos en *Los huevos fatales* tienen su origen en el Instituto Zoológico de Moscú, donde el profesor Pérsikov lleva a cabo unos experimentos científicos encaminados a paliar un extraño problema de desnutrición en los anfibios. Un tanto al azar, el profesor descubre un rayo que multiplica hasta límites insospechados la actividad vital y reproductora de los organismos sometidos a su acción. El gobierno, enterado de lo que se está cociendo entre las paredes del Instituto Zoológico, pretende utilizar este sensacional descubrimiento para aumentar la producción avícola del país. Como resultado, una generación de reptiles y aves monstruosos invade la Unión Soviética y amenaza con sembrar la destrucción total...

**Lectulandia**

Mijaíl Bulgákov

# **Los huevos fatales**

**ePub r1.0**

**Lipa 07.07.15**

Título original: *Роковые яйца*  
Mijaíl Bulgákov, 1925  
Traducción: Silvia Serra

Editor digital: Lipa  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# 1

Vladimir Ipatievich Persikov, profesor de Zoología en la Universidad del Cuarto Estado y director del Instituto Zoológico de Moscú, entró en su oficina de este último, situado en la Gran Nikitskaya, la tarde del día 16 de abril de 1928. El profesor encendió la deslucida lámpara central y miró en torno suyo.

Tenía cincuenta y ocho años. Su cabeza, de respetable tamaño, era alargada y calva, aunque lucía algunos mechones de cabello amarillento a los lados. En su faz imberbe, destacaba un labio inferior protuberante que le daba una expresión de constante fastidio. Sobre su roja nariz cabalgaban anticuados anteojos de delgada montura de plata. Tenía los ojos pequeños y brillantes. Era alto, de espaldas algo encorvadas, y al hablar solía elevar su ronca voz. Entre sus otras características se encontraba su costumbre de, cada vez que hablaba de algo con mucho énfasis y convencimiento, levantar el dedo índice de la mano derecha doblado como un anzuelo, al tiempo que torcía los ojos ostensiblemente. Y dado que siempre hablaba con seguridad, por su fenomenal erudición en el campo de su especialidad, el anzuelo aparecía con frecuencia ante los ojos de sus oyentes. Pero a los asuntos que estaban fuera de su campo (o sea la zoología, la embriología, la anatomía, la botánica y la geografía), les dedicaba más bien escaso interés y rara vez se molestaba en hablar de ellos.

El profesor no leía los periódicos y nunca iba al teatro. Su mujer le había abandonado en 1913 por un tenor de la ópera, Zimin, dejándole la siguiente nota:

«Tus ranas me hacen estremecer con intolerable asco. El resto de mi vida será desgraciada recordándolas».

El profesor no había vuelto a casarse y siguió sin tener hijos. Era de genio muy vivo, pero se calmaba pronto. Una cosa le encantaba: el té con frambuesas. Vivía en la avenida Prechistenka, en un piso de cinco habitaciones. Una de ellas estaba ocupada por su ama de llaves, María Stepanovna, una mujer pequeña y arrugada que le cuidaba como una nodriza a un niño. En 1919 el Gobierno le requisó tres de sus cinco habitaciones, a raíz de lo cual declaró a María Stepanovna:

—Si no terminan estos atropellos, María, tendré que emigrar al extranjero.

Si el profesor hubiera realizado su plan habría podido encontrar con facilidad una cátedra de Zoología en cualquier Universidad del mundo, siendo, como era, un científico muy renombrado. Con excepción de los profesores William Weccle, de Cambridge, y Giacomo Bartolommeo Beccari, de Roma, no tenía rival en materia alguna tocante a los anfibios. Por si eso fuera poco el profesor Persikov podía conferenciar en cuatro idiomas además del ruso, y hablaba francés y alemán con la misma fluidez que su lengua materna. Pero su intención de emigrar nunca fue llevada a la práctica, aun cuando 1920 resultó ser peor que 1919, ya que las alteraciones se sucedían sin interrupción. Primero, la Gran Micitskava fue rebautizada como calle Herzen. Marie, el reloj del edificio situado entre ésta y Gornichovqva se paró en las

once y cuarto. Y, para terminar, el Instituto Zoológico se convirtió en escenario de muertes masivas. Los primeros en morir, incapaces de soportar las perturbaciones de aquel famoso año, fueron ocho espléndidos ejemplares de rana arbórea; luego, quince sapos comunes, seguidos, por último, de un espécimen más notable de sapo de Surinam.

Inmediatamente después de los sapos, cuyas muertes diezmaron la población de este primer orden de anfibios, que es precisamente conocido como «sin cola», el viejo Vías, vigilante del Instituto, que no pertenecía a la especie de los anfibios, pasó a mejor vida. La causa de su muerte fue, sin embargo, la misma que la de los desgraciados animales y que inmediatamente diagnosticó Persikov como «nutrición deficiente».

Y, justamente, el científico se hallaba en lo cierto. Vías estaba a dieta de harina de cereales, y las ranas tenían que ser alimentadas con gusanos de harina. Desde que faltó lo primero es lógico que lo segundo también hubiera desaparecido. Persikov pensó, en cambiar la dieta a los restantes veinte ejemplares de rana arbórea sustituyéndola por otra de cucarachas, pero éstas también habían desaparecido, demostrando así su maliciosa animadversión, en tiempo de guerra, contra el comunismo. Y de esta forma los últimos representantes de aquella especie tuvieron que ser asimismo depositados en los cubos de basura del patio del Instituto.

El efecto que estas muertes produjo sobre Persikov, especialmente la del sapo de Surinam, desafía toda descripción, y echó toda la culpa del desastre al entonces comisario de Educación. Con su sombrero y sus chanclos de goma, plantado en el pasillo del frío Instituto, Persikov habló, a su asistente Ivanov, un muy elegante caballero de puntiaguda barba rubia:

—¡Matarle por esto es poco, Piotr Stepanovich! ¿Qué es lo que pretenden? Van a acabar con el Instituto ¿Es eso? Un magnífico macho, un extraordinario ejemplo de Pipa americana de trece centímetros de largo...

Pero, a medida que avanzaba el tiempo, las cosas iban de mal en peor. Tras la muerte de Vías todas las ventanas se habían helado y era imposible moverlas, llegando al extremo de que la superficie del cristal se cubrió de hielo. Los conejos murieron; luego, los zorros, los lobos, el pez y todas las culebritas de hierba. Persikov se pasaba el día yendo en silencio de un sitio para otro. Poco después cogió una pulmonía, pero no murió. Una vez recobrado, iba al Instituto dos veces por semana para dar sus conferencias del anfiteatro, dónde la temperatura, por algún motivo, permanecía a 5°C a pesar del frío que hacía afuera. En pie sobre sus chanclos, con un sombrero de orejeras y una bufanda de lana, exhalando nubes de blanco vapor, daba a ocho estudiantes una charla sobre «Los reptiles en la zona tórrida». El resto del tiempo lo pasaba en casa. Con un mantón a cuadros, se tumbaba en el sofá de su habitación, cuyo respaldo, que llegaba hasta el techo, estaba atiborrado de libros: allí tosía, clavaba la vista en la estufa abierta que Mana Stenanovna alimentaba con sillas doradas, y se ponía a pensar en el sapo de Surinam.

Pero como todo tiene su fin en este mundo, 1920, terminado, dejaba paso a 1921. Y este último mostró, al principio, una cierta tendencia al cambio. Primero, para reemplazar al difunto Vías, llegó Pankrat. Era joven todavía, pero prometía ser un buen encargado y conserje. El edificio del Instituto empezaban a acondicionarlo, y, durante el verano, Persikov se las arregló, con la ayuda de Pankrat, para atrapar en el río Klvazma catorce ejemplares de *Bufo vulgaris*. El terrario empezó de nuevo a llenarse de vida... En 1923 Persikov todavía daba ocho conferencias por semana — tres en el Instituto y cinco en la Universidad—. En 1924 llegó a dar trece a la semana, como se hacía en las Universidades de los Trabajadores. Y en 1925 se hizo famoso al encender a setenta y seis alumnos, por el tema de los anfibios.

—¿Que no sabe usted en qué difieren los anfibios de los reptiles? —preguntaba Persikov—. Es simplemente ridículo, joven. Sepa usted que los anfibios no tienen apófisis pélvicas, ninguna. Sí... Debería caérsele la cara de vergüenza. ¿Es usted, acaso, marxista?

—Lo soy... —respondía el ya suspendido alumno, desanimado.

—Muy bien. Vuelva en otoño para un reexamen, por favor —decía Persikov cortésmente, antes de añadir, volviéndose a Pankrat—: ¡El siguiente!

Igual que los anfibios reviven tras la primera lluvia abundante que sigue a una larga sequía, así revivió el profesor Persikov en 1926 cuando la Compañía Ruso-Americana edificó quince casas de otros tantos pisos en el centro de Moscú, a partir de la esquina de la calleja Gazetny con Tverskaya, y trescientas casitas para ocho familias de trabajadores cada una en las afueras de la ciudad, acabando, de una vez por todas, con la absurda crisis de viviendas que había causado tantas fatigas a los habitantes de Moscú desde 1919 a 1925.

En conjunto, fue uno de los mejores veranos de la vida de Persikov, y en él tuvo bastantes ocasiones para frotarse las manos y sonreír, de forma tranquila y contenta, al recordar lo apretados que habían estado en sólo dos cuartos él y María Stepanovna. Ahora, el profesor tenía de nuevo sus cinco habitaciones, así que se estiró, puso en orden sus dos mil quinientos libros y sus diagramas, colocó los especímenes en los sitios de costumbre y encendió la lámpara de pantalla verde que iluminaba su estudio.

El Instituto también estaba irreconocible: se le había dado una capa de pintura de color marfil, había sido instalada una tubería especial para llevar el agua al cuarto de los reptiles, y todo el cristal ordinario fue reemplazado por cristal placado. Se le dotó también de cinco nuevos microscopios, mesas de disección con tablero de cristal, lámparas de dos mil vatios, de las de luz indirecta, reflectores y marcos para los ejemplares del museo...

Persikov se recobró, y todo el mundo pudo advertirlo en diciembre de 1926, a instancias de la publicación de su folleto *Más sobre el problema de la propagación de los gasterópodos*. Y el verano de 1927 vio la aparición de su obra de mayor envergadura, trescientas cincuenta páginas, traducida posteriormente a seis idiomas, incluyendo el japonés. *La embriología de las Pirridae. Sapos de pies de laya y*

*Ranas*, Editorial del Estado; precio: cinco rublos.

Pero en verano de 1928 tuvieron lugar aquellos increíbles y desastrosos acontecimientos...

El profesor se había sentado en un taburete giratorio de tres patas, y, con dedos amarillentos por el tabaco, daba vueltas al tornillo de ajuste del magnífico microscopio Zeiss, examinando una preparación ordinaria de amebas vivas. En el momento en que hacía pasar el amplificador del 5 al 10 000, la puerta se entreabrió dejando ver una perilla puntiaguda y un delantal de cuero, pertenecientes ambos al asistente del profesor, al tiempo que llamaba:

—Vladimir Ipatievich, he preparado un mesenterio, ¿le gustaría verlo?

Persikov bajó ágilmente del escabel, dejando el tornillo a medio camino, y, dándole vueltas entre los dedos al cigarrillo que estaba fumando, se dirigió hacia donde le invitaba su asistente. Allí, sobre la mesa de cristal, medio muerta de miedo y dolor y crucificada en un trozo de corcho, había una rana con sus translúcidas vísceras arrancadas del sangriento abdomen y colgando ante el microscopio.

—Muy bien —dijo Persikov mientras se inclinaba sobre el ocular. Evidentemente debió de ver algo muy interesante en el mesenterio de la rana, donde los vivos corpúsculos de la sangre corrían a lo largo de los ríos de vasos. Durante la hora y media siguiente, olvidadas sus amebas, estuvo turnándose con Ivanov sobre la lente del microscopio. Finalmente, se apartó del instrumento óptico para anunciar: «La sangre se está coagulando, eso es lo que pasa», y, estirando sus entumecidas piernas, se levantó y volvió a su laboratorio. Allí, Persikov bostezó, se frotó sus siempre inflamados párpados y, sentándose en el taburete, se lanzó sobre su microscopio. Puso los dedos sobre el tornillo para darle la vuelta, pero no llegó a moverlo. En vez de eso, Persikov vio a través de la lente un borroso disco blanco con gran número de amebas descoloridas y casi inertes. En su centro había una extraña espiral coloreada, de forma parecida a la de un rizo de cabello femenino. Tanto Persikov como cientos de sus alumnos habían visto esa espiral muchas veces, y nunca nadie le había prestado el menor interés. En realidad, no había ninguna razón para preocuparse por ella. Aquel multicoloreado remolino luminoso no hacía más que dificultar la observación y demostraba que el microscopio estaba mal enfocado, por lo que siempre había sido cruelmente eliminado con una simple vuelta al tornillo que daba una uniforme luz blanca al campo total de visión.

Los largos dedos del zoólogo no habían hecho más que asir firmemente el tornillo cuando, de pronto, se estremecieron y lo soltaron. La razón de esto vacía en el ojo derecho de Persikov, que había pasado de atento a atónito y se había abierto desmesuradamente debido a la sorpresa. Toda su energía y toda su mente estaban ahora concentradas en ese ojo. La criatura más alta observaba a la más baja, forzando mucho la vista sobre la preparación mal enfocada. Al cabo de un rato el profesor preguntó, nadie sabe a quién:

—¿Qué es esto? No entiendo...



Un enorme camión, que en aquel momento circulaba frente al Instituto, hizo temblar las viejas paredes del edificio. El profesor levantó entonces las manos sobre el microscopio, cubriéndolo como haría una madre para proteger a su hijo, atemorizado por algún peligro. No había razón alguna para mover el tornillo.

Comenzaba a despertar el nuevo día, y ya una franja dorada sesgaba la marfileña entrada del Instituto cuando el profesor se decidió a abandonar el microscopio y se encaminó, sobre sus dormidos pies, hacia la ventana. Con dedos temblorosos apretó un botón situado junto al marco de ésta, y, tras cerrarse los porticones, las pesadas sombras negras volvieron a expulsar la luz de la mañana, siendo devuelta al estudio la entendida y sabia noche.

Cetrino y ensimismado, el profesor Persikov se plantó con las piernas abiertas, mientras, mirando fijamente y con ojos húmedos el *parquet* que cubría el suelo, murmuraba:

—Pero ¿qué puede ser? ¡Es realmente monstruoso...! Es monstruoso, caballeros —repetía dirigiéndose a los sapos del terrario.

Pero los sapos dormían, y no contestaron.

Permaneció en silencio durante un momento; luego, dando un papirotazo al interruptor, apagó la luz que iluminaba la estancia y se puso a mirar nuevamente por el microscopio. Su cara se tornó tensa, y sus pobladas cejas amarillas se juntaron.

—Hum, hum —musitó—. Se ha ido. Ya veo. Ya veo —dijo lenta y pesadamente, mirando como un loco, inspirado, la apagada bombilla del techo—. Es muy simple...

Desechó las sombras una vez más y volvió a encender la lámpara. Con la vista fija en la bombilla sonrió alegremente, casi como un niño.

—Lo conseguiré —dijo con un énfasis solemne—. Lo conseguiré. Con sol también podría hacerse...

De nuevo reinó la penumbra pero el sol, que ya estaba saliendo, derramó su resplandor por los muros del Instituto y cayó oblicuamente sobre los adoquines de la calle Herzen. El profesor, tras abrir la ventana, se puso a calcular desde allí las posiciones del astro durante el día. Se alejaba un poco y volvía una y otra vez con pasos nerviosos, y, finalmente, se recostó sobre el alféizar. Se impuso importantes y misteriosas tareas. Regresó donde se hallaba el microscopio y procedió a recubrirlo con una campana de cristal, y, tras derretir algo de cera de sellar sobre la llama azul del quemador lacró a la mesa los bordes de aquella campana, apretando la cera con sus pulgares. Hecho esto, apagó el gas, salió de su estudio y cerró la puerta con candado.

Los corredores del Instituto estaban todavía en la semioscuridad. El profesor encontró el camino hasta el cuarto de Pankrat y llamó a la puerta, sin que, durante largo rato, obtuviese respuesta alguna. Por fin apareció Pankrat, vestido únicamente con unos calzoncillos largos atados a los tobillos. Sus ojos se abrieron mucho cuando distinguió al científico, aunque parpadeaban continuamente debido al sueño.

—Pankrat —dijo el profesor mirándole por encima de sus gafas—, perdóneme

por haberle despertado. Escuche, amigo mío, no vaya a mi estudio esta mañana. He dejado allí trabajo y no quiero que se toque. ¿Entendido?

—Humm... comprendo —respondió Pankrat sin entender nada. Se balanceó y emitió un pequeño gruñido.

—No, escuche; despierte, Pankrat —dijo el zoólogo dándole un ligero empujón en las costillas, cosa que generó en la faz del otro una expresión atemorizada y una sombra de inteligencia a sus ojos—. He cerrado el estudio —continuó Persikov—. No vaya a limpiarlo antes de que yo vuelva, ¿me entiende?

—Sí, señor —farfulló Pankrat.

—Excelente. Ahora, vuelva a dormir.

Pankrat dio media vuelta, desapareció tras la puerta e inmediatamente se desplomó sobre la cama. Mientras, el profesor empezaba a abrigarse en el vestíbulo del Instituto. Se puso su abrigo gris de entretiempo y su suave sombrero de fieltro. Luego, recordando lo que había visto en el microscopio, fijó la vista en sus chanclos durante largo rato, como si fuera la primera vez que los veía. Acto seguido, y tras calzarse el chanclo del pie izquierdo, intentó ponerse el del derecho encima del que ya llevaba, pero no hubo forma de que le entrara.

—¡Qué fantástico accidente el que me llamase Ivanov! —dijo el científico—. De otra manera nunca lo habría advertido. Pero ¿qué es lo que representa? ¡Sólo el diablo sabe qué puede traer esto!

El profesor hizo una mueca; se miró los pies de soslayo, se quitó el chanclo izquierdo y se puso el del pie derecho.

—¡Santo Dios! Uno no puede ni imaginarse las consecuencias...

Tiró desdeñosamente el chanclo izquierdo, que le había estado irritando por negarse a entrar sobre el derecho, y se fue hacia la puerta llevando puesto uno solo. Se le cavó el pañuelo y salió a la calle cerrando la pesada puerta tras de sí.

El científico no encontró ni un alma en todo el trayecto hasta la catedral. Una vez allí, alzó la vista y la cúpula dorada le asombró. El sol la bañaba vistosa y alegremente por un lado.

—¿Cómo es que nunca hasta ahora la había visto? Qué extraña coincidencia. Maldita sea, qué loco.

El profesor se inclinó ligeramente y, a la vista de sus pies, calzados de distinta forma, se sumió en profundas vacilaciones.

«Hum... ¿Qué hacer ahora? Sería una lástima tirar el chanclo. Me lo llevaré», se dijo, al tiempo que se lo quitaba para transportarlo con mano escrupulosa.

Un pequeño y desvencijado coche dobló por la esquina de Prechistenka. Dentro iban tres hombres, al parecer bebidos, y una mujer, muy pintada, sobre las rodillas de uno de ellos, con pijama de seda, última moda, estilo 1928.

—¡Eh, papi! —gritó la mujer con voz ronca y cascada—. ¿En qué tasca dejaste el otro?

El profesor los miró con severidad por encima de sus gafas, pero al cabo de un

momento ya no se acordaba de ellos.

## 2

Los hechos se habían desarrollado así: Cuando el profesor llevó su inspirada mirada de genio sobre el ocular del microscopio, advirtió por primera vez en su vida la presencia de un rayo particularmente espeso y vivido en la muticoloreada espiral. El rayo era de un rojo encendido y emergía del espiral por un pequeño punto del tamaño de una cabeza de alfiler. No había pasado de ser un golpe de suerte —mala— el que ese rayo llegase a captar la atención del virtuoso durante varios segundos.

En su interior, el profesor había intuido el signo de algo que era mil veces más significativo que el rayo en sí, frágil bioproducto accidental del movimiento de la lente y del espejo del microscopio. Gracias a que su asistente le había llamado, las amebas se habían quedado durante hora y media bajo la acción del mencionado rayo, y los resultados fueron los siguientes: mientras las amebas granulares que el rayo no alcanzaba estaban débiles y empezaban a mostrar signos de tumefacción, extraños fenómenos tenían lugar en el área iluminada por el fino hilo rojo. La zona encarnada se estremeció y vibró, y las grises y desmayadas amebas, estirando sus pseudópodos, alcanzaron el hilo y revivieron como por causa de un milagro. Alguna fuerza pareció infundirles energía vital. Se agitaron en enjambres luchando unas con otras por conseguir un sitio bajo el rayo. Entonces se desencadenó un frenético (ninguna otra palabra puede describirlo con propiedad) proceso de multiplicación. Desafiando las leyes que Persikov conocía como la palma de su mano, las amebas brotaban ante su vista con la velocidad del relámpago sin ningún respeto para con las citadas leyes. Se separaban bajo el rayo y, dos segundos después cada parte se convertía en un nuevo y fresco organismo. En pocos instantes, esos organismos alcanzaban su completo desarrollo y madurez exclusivamente para, a su vez, producir nuevas generaciones.

El espacio rojo, y luego todo el disco estuvieron pronto superpoblados, y así sobrevino el inevitable forcejeo. Las amebas recién nacidas se atacaban furiosamente entre sí, y las que caían en la lucha eran desgarradas y engullidas sin tardanza por las demás participantes en aquel combate por la supervivencia. La victoria fue para las mejores y más fuertes. Y éstas eran terroríficas. Para empezar, tenían aproximadamente el doble del tamaño de las amebas ordinarias. En segundo lugar, se distinguían por una extraordinaria y aversiva acción. Sus movimientos eran, en efecto, rápidos, a la par que sus pseudópodos eran mucho más largos que lo normal, y se servían de ellos, sin exageración, como un pulpo lo hace de sus patas.

La tarde siguiente el profesor, pálido y encogido, estudiaba la nueva generación de amebas. No había comido en todo el día y se mantenía sólo a base de los gruesos cigarros que él mismo se hacía uno tras otro. Al tercer día llegó a la fuente de energía: el rayo escarlata.

Al caer la tarde, mientras el gas silbaba levemente en el quemador y el tráfico se deslizaba ruidosamente sobre el pavimento del exterior, el profesor se dejaba caer sobre su silla giratoria, envenenado por el centésimo cigarrillo.

—Sí, ahora todo está claro —musitó Persikov—. El rayo las resucitó. Se trata de un nuevo rayo, nunca estudiado hasta ahora ni descubierto por nadie. Lo primero que hay que hacer es descubrir si esto sólo lo produce la luz eléctrica o si puede ser generado también por luz solar.

La respuesta a esta pregunta le fue dada en el curso de la noche siguiente. En efecto, habiendo conseguido tres rayos en tres microscopios distintos y sin haber podido obtener ninguno del sol, dijo en voz alta, aunque estaba solo:

—Tenemos que admitir que esto no existe en el espectro solar... Hum... En pocas palabras, concluimos que sólo puede ser obtenido de la luz eléctrica.

Tras contemplar amorosamente la lámpara de vidrio esmerilado que pendía del techo y estar un rato meditando profundamente, invitó por fin a Ivanov a su estudio. Le contó toda la historia y le enseñó las amebas.

El profesor asistente Ivanov quedó aturdido, completamente abrumado. Maldición, ¿cómo una cosa tan simple como esa delgada línea nadie la había advertido hasta entonces? ¿Nadie? Caramba, ¿ni siquiera él mismo?

—¡Pero mire, Vladimir Ipatievich —gritaba Ivanov con su horrorizado ojo pegado al ocular— mire lo que está ocurriendo! ¡Crecen ante mis ojos...! ¡Mire, fíjese...!

—Las he estado observando durante tres días —contestó Persikov, extasiado.

Los resultados de la conversación que se desarrolló entonces entre ambos científicos pueden resumirse como sigue: el profesor asistente se encargaría de construir una cámara con lentes y espejos capaces de producir un rayo de más envergadura y susceptible de ser proyectado fuera del microscopio. Ivanov esperaba que eso fuera sencillo, aunque, a decir verdad, estaba completamente seguro de ello. Obtendría el rayo. Vladimir Ipatievich no necesitaba ponerlo en duda. Luego quedaron en silencio.

—Cuando publique mi trabajo, Pyotr Stepanovich, tendré que indicar que las cámaras fueron construidas por usted —apuntó Persikov para romper la pesadez de aquel silencio.

—Oh, no tiene importancia... Sin embargo, está claro que...

Y, de esta forma, aquella pausa quedó rota, y el rayo absorbió también a Ivanov. Mientras Persikov se agotaba al estar todo el día y la mitad de la noche sentado ante el microscopio, Ivanov trabajaba sin descanso en el laboratorio de física, en el cual destellaban las luminosas combinaciones de lentes y espejos. Un mecánico le ayudaba en la colocación y ensamblajes.

Tras una solicitud al comisario de Educación. Persikov recibió tres paquetes de Alemania en los que había espejos y una colección de lentes pulidas, biconvexas, bicóncavas y hasta cóncavo-convexas. Y cuando Ivanov terminó la construcción de la cámara y consiguió captar en ella el rayo escarlata, hubo que reconocer que había hecho un trabajo de experto: el rayo era grueso y compacto, casi de cuatro centímetros de diámetro; fuerte y poderoso.

A primeros de junio la cámara estaba instalada en el cuarto de Persikov, y éste empezó ávidamente a experimentar con huevas de rana exponiéndolas ante el rayo. Los experimentos produjeron resultados sorprendentes: en dos días, miles de renacuajos salieron de las huevas, y al día siguiente, transformados ya en ranas, éstas resultaron ser tan viciosas y glotonas que la mitad de ellas devoraba inmediatamente a la otra mitad. Las supervivientes empezaron sin tardanza ni miramientos a reproducirse en abundancia, de tal manera que, antes de que hubieran pasado otros dos días, habían producido una nueva generación, esta vez sin la ayuda del rayo y en cantidad extraordinaria. La oficina del científico se convirtió en escenario de un bullicio inimaginable, y los renacuajos empezaron a arrastrarse por todo el Instituto. Del terrario, del suelo, de cada rincón y hendidura llegaban los coros graves que suelen surgir de un pantano. Pankrat, que siempre había sentido algo de miedo de Persikov, se hallaba ahora poseído de un solo sentimiento hacia él: terror mortal. Pasada una semana, el mismo científico empezó a notar que su mente empezaba a dar vueltas. El Instituto despedía olor a éter y ácido prúsico, y Pankrat, que se había quitado su máscara en un descuido, escapó por muy poco a la intoxicación.

La abrumadora población de los pantanos fue finalmente exterminada con la ayuda de venenos, y los cuartos y oficinas fueron aireados a conciencia.

Terminada aquella pesadilla, Persikov dijo a Ivanov:

—Sabe usted, Piotr Stepanovich, que el efecto del rayo sobre el óvulo y el deuteroplasma es realmente notable...

Ante lo que Ivanov, que era de ordinario un caballero reservado y frío, no pudo contenerse e interrumpió al profesor, con un tono inusitadamente acalorado, con las siguientes palabras:

—Vladimir Ipatievich, ¿por qué hablar sobre detalles insignificantes como el del deuteroplasma? ¡Seamos francos! ¡Usted ha descubierto algo sin precedentes!

Luego, y tras, al parecer, un gran esfuerzo, Ivanov concluyó:

—Profesor Persikov, ¡usted ha descubierto el rayo de la vida!

Un desmayado color se extendió por las pálidas mejillas sin afeitar de Persikov.

—Bueno, bueno... —murmuró.

Pero Ivanov continuaba:

—Caramba, va a hacerse usted famosísimo... Me da vueltas la cabeza de pensarlo, ¿entiende? Ya sabe, Vladimir Ipatievich, los héroes de H.G. Wells no son nada comparados con usted —prosiguió apasionadamente—. Eche una mirada a esto.

Ivanov cogió de una mesa de cristal una rana muerta de increíble tamaño e hinchado vientre que allí yacía, sosteniéndola por una de sus ancas. Incluso sin vida, la faz del animal conservaba una expresión de absoluta maldad.

—¡Es monstruoso!

Sólo Dios sabe cómo ocurrió; si fue por medio de la indiscreción de Ivanov o a causa de algún fenómeno misterioso que hizo que las sensacionales noticias se autotransmitieran por el aire, pero lo cierto es que todo el mundo, en el gigantesco e hirviente Moscú, empezó de pronto a hablar del profesor Persikov y de su rayo.

Al principio se trataba de un vago rumor circunstancial, pero pronto las noticias del milagroso descubrimiento se extendieron por la bien iluminada capital como si se tratara de un pájaro herido, ahora decayendo, ahora elevándose de nuevo. Y así hasta mediados de julio, cuando un corto artículo sobre el rayo apareció en la página veinte del periódico *Izvestia* bajo el encabezamiento de «Noticias de ciencia y tecnología». El artículo se limitaba a informar que un conocido profesor de la Universidad del Cuarto Estado había descubierto un rayo que estimulaba sobremanera los procesos vitales de los organismos inferiores, y que este rayo requería más estudio y comprobación. El nombre aparecía, naturalmente, mal escrito y convertido en «Pevsikov».

Pero, por desgracia, el mal deletreo de su nombre no salvó al profesor del fluir de acontecimientos que dieron comienzo al día siguiente y que trastornaron inmediatamente el curso normal de su vida.

Tras unos preliminares golpes a la puerta. Pankrat entró en el despacho y alargó a Persikov una magnífica tarjeta satinada.

—Está ahí fuera —añadió Pankrat, con timidez.

La tarjeta llevaba la siguiente leyenda, impresa en exquisita grafía:

**ALFRED ARKADIEVICH BRONSKY.**  
COLABORADOR DE LOS DIARIOS MOSCOVITAS  
*Chispa Roja, Lezna Roja y Proyector Rojo,*  
y del vespertino *Moscú Rojo.*

—Mándale al infierno —dijo Persikov monótonamente, tirando la tarjeta sobre la mesa.

Pankrat dio media vuelta y salió. Cinco minutos más tarde volvía con cara de sufrimiento y un segundo ejemplar de la misma tarjeta en la mano.

—¿Está burlándose de mí? —gruñó Persikov con terrible aspecto.

—El caballero es de la GUP, y dice... —contestó Pankrat con creciente palidez.

Persikov asió la tarjeta con tal brusquedad que casi la partió en dos. Sobre ella, con primorosa letra, se leía un mensaje:

Ruego sinceramente se me disculpe y solicito, estimado profesor, ser recibido durante tres minutos en relación a un asunto del que ha de participar la prensa, así como el diario satírico *El Cuervo Rojo*, publicado por la GUP.

—Hazle pasar —dijo Persikov mientras respiraba hondo.

Al poco hizo su aparición un joven muy bien afeitado y de cara aceitosa, con las

cejas permanentemente altas. Era como la de un muñeco chino. Sus ojos, como ágatas pequeñas, nunca se encontraban con los de su interlocutor. Además, el joven vestía a la última moda y de una forma impecable: una chaqueta larga y estrecha que le llegaba hasta las rodillas, los más anchos pantalones acampanados, y zapatos de cuero anormalmente planos con punteras en forma de pezuñas. Llevaba también un bastón en la mano, un sombrero de copa acentuadamente puntiaguda y un cuaderno de notas.

—¿Qué es lo que desea? —preguntó Persikov con una voz que hizo que Pankrat desapareciera al instante tras la puerta—. Se le dijo que estaba ocupado.

—Mil excusas, mi muy estimado profesor —comenzó el joven con tenue voz aflautada—, por irrumpir en su casa y robarle su precioso tiempo; pero las noticias sobre su descubrimiento, capaces de conmover al mundo, en el que han resonado, impulsan a nuestro periódico a rogarle toda clase de explicaciones...

—¿Qué clase de explicaciones sobre lo que ha razonado? —chilló Persikov con voz de falsete y poniéndose amarillo—. No estoy obligado a dar ninguna explicación. Estoy ocupado..., terriblemente ocupado.

—Pero ¿en qué trabaja usted? —preguntó el joven, suavizando el tono, al tiempo que empezaba a hacer anotaciones en su cuaderno.

—Oh, pues... ¿por qué me hace preguntas? ¿Se proponen ustedes publicar algo?

—Sí —respondió el joven mientras se daba a un furioso garabateo sobre las páginas de su bloc.

—Pues, en ese caso... Primero, no tengo la intención de publicar nada hasta tanto no haya completado mi trabajo, y, particularmente, en esas hojas tuyas... Segundo, ¿cómo sabe usted todo eso?

Persikov sintió de pronto que estaba perdiendo terreno.

—¿Es verdad que usted ha descubierto el rayo de la nueva vida?

—¿Qué nueva vida? —estalló groseramente el profesor—. ¿Qué clase de tonterías está usted barbotando? El rayo sobre el que estamos hablando está todavía lejos de haber sido investigado a fondo, y, de hecho, nada se sabe todavía. Es posible que pueda estimular los procesos vitales del protoplasma...

—¿Cuánto? ¿Cuántas veces? —inquirió el joven con prisa.

Persikov se había puesto muy nervioso.

—¿Qué clase de preguntas son ésas? Suponga que le digo... pues... ¡mil veces...!

Un pícaro destello de satisfacción cruzó por los sagaces ojos del visitante.

—Entonces, produce organismos gigantes —siguió, dispuesto a no perder la oportunidad.

—¡Nada de eso! Bueno, es cierto que los organismos que obtuve son mayores de lo normal... Poseen ciertas nuevas características. Pero lo importante no es el tamaño, sino la increíble rapidez de su reproducción —dijo Persikov para salir del mal paso, pero en seguida se desanimó al darse cuenta de su error. El joven había



llenado ya una página completa—. Pero ¡no escriba! —suplicó con voz ronca el desesperado Persikov, sintiéndose ya completamente a merced del periodista.

—¿Es cierto que usted ha obtenido un millón de renacuajos a partir de las huevas de una sola rana y en el espacio de dos días?

—¿Con qué cantidad de huevas? —gritó Persikov, montando de nuevo en cólera—. ¿Ha visto usted una hueva alguna vez en su vida?

—¿De doscientos gramos? —preguntó el joven, impertérrito.

Persikov enrojeció.

—¿Cómo mide esto de esa manera? ¡Maldita sea! ¿De qué está hablando? Desde luego, a partir de doscientos gramos de huevas, se obtiene...

Las chispas volvieron a brotar en los ojos del joven, que cubrió de un tirón una nueva página.

—¿Es verdad que su descubrimiento causará una revolución en la crianza de ganado?

—¿Qué clase de preguntas de periódico arruinado son ésas? —aulló Persikov.

—Su fotografía, profesor. Se lo ruego urgentemente —dijo el joven, mientras cerraba con viveza el cuaderno.

—¿Qué? ¿Mi foto? ¿Para que salga con lo que ha escrito ahí? ¡No, no y no!

—Aunque sea vieja. Se la devolveremos al momento.

—¡Pankrat! —tronó el profesor encolerizado.

—Con mis respetos —dijo el joven antes de desaparecer.

Esta vez, en lugar de Pankrat, se abrió paso hasta el profesor el extraño ritmo crujiente de una máquina que se hallaba tras la puerta, el sonido de un metal golpeando el suelo; y en eso, un hombre de extraordinario volumen apareció en el estudio. Vestía camisa y pantalones de burdo tejido parecido al de las mantas. Su pierna izquierda era ortopédica y en la mano llevaba una cartera. Su afeitada cara redonda ostentaba una sonrisa llena de amabilidad. Se inclinó ante el profesor a la manera militar y luego se enderezó, maniobra que motivó que su pierna se enderezase bruscamente como si fuese una palanca. Persikov no se movió de su asiento ni hizo la menor indicación.

—Señor profesor —comenzó el visitante con una voz agradable y algo cascada—, perdone a este simple mortal que se atreve a invadir su retiro.

—¿Es usted periodista? —preguntó Persikov, quien, sin esperar la respuesta, gritó—: ¡Pankrat!

—De ningún modo, señor —contestó el hombre grueso—. Permita que me presente: capitán de Marina y colaborador del periódico *Noticias de Industria*, publicado por el Consejo de Comisarios del Pueblo.

—¡Pankrat! —gritó, ya histérico, el profesor. En ese momento se encendió la luz roja en el teléfono de la habitación y el aparato se puso a sonar suavemente—. ¡Pankrat! —repitió el profesor—. Diga, le escucho —añadió dirigiéndose esta vez a su interlocutor del otro lado del hilo.

—*Verzeihen sie, bitte, Herr professor* —graznó el teléfono en alemán—, *dass ich store. Ich bin ein Mitarbeiter des Berliner Tageblatts...*

—¡Pankrat! —aulló el profesor al auricular.

Al mismo tiempo, la campana de la puerta del domicilio del científico sonaba sin cesar.

—¡¡Extraño crimen en la calle Bronny!! —gritaban voces anormalmente roncadas sumergiéndose y saliendo de entre la corriente de ruedas y de luces que se deslizaban sobre el templado asfalto—. ¡Repentino brote de plaga de los pollos en el patio de la diaconisa Drozdova, con su retrato! ¡Sorprendente descubrimiento del rayo de la vida por el profesor Persikov!

Al oír esto, Persikov retrocedió tan violentamente que le faltó poco para caer bajo las ruedas de un coche. Se acercó al vendedor y le arrebató un periódico de las manos.

—¡Tres *kopecs*, camarada! —dijo con voz aguda el muchacho, antes de readentrarse en el gentío que llenaba la acera.

—¡*Crepúsculo Rojo*, descubrimiento del rayo X! —siguió vociferando.

El aturdido Persikov abrió el periódico y se apoyó en un farol. Desde un sucio recuadro de la segunda página le miraba de hito en hito un hombre calvo, de ojos huraños y fijos y mandíbula caída, fruto de los desvelos artísticos de Alfred Bronsky, con las palabras:

«V. I. Persikov, descubridor del misterioso rayo rojo».

El artículo que le seguía bajo el encabezamiento «Suspense en todo el globo», empezaba de la siguiente forma:

«Hagan el favor de sentarse —nos dijo el venerable científico con afabilidad...». El artículo terminaba con la firma «Alfred Bronsky».

En eso, una luz verdosa destelló sobre el tejado de la Universidad y las vehementes palabras *Diario hablado* cruzaron el espacio, con lo que Mokhovaya se llenó al momento de hormigueante muchedumbre.

«Hagan el favor de sentarse —aulló de súbito el altavoz del tejado, en el más repulsivo tono agudo, réplica exacta del de Alfred Bronsky, pero convenientemente ampliado— nos dijo el venerable científico con afabilidad. Esperaba con impaciencia el momento de poner al corriente al proletariado de Moscú sobre los resultados de mis experimentos».

Un débil chirrido mecánico se oyó a la espalda de Persikov y alguien le tiró de la manga. Al volverse, el profesor vio la redonda cara amarilla del propietario de la pierna ortopédica. Los ojos de aquel hombre estaban húmedos y sus labios temblaban.

—Usted se negó a informarme de los resultados de su asombroso descubrimiento, profesor —dijo lúgubrementes, con una mirada profunda—. Adiós a mis dos arreglos...

Y, dicho esto, se puso a mirar con tristeza hacia el tejado de la Universidad, donde el invisible Alfred bramaba por las brillantes fauces del altavoz. Por alguna razón,

Persikov se sintió profundamente apenado por el hombre grueso.

—¡Yo nunca le dije a nadie que hiciera el favor de sentarse! —musitó cogiendo con rabia las palabras del aire—. ¡Ese tipo es simplemente un desvergonzado de extraordinarias proporciones! Perdóneme, por favor, ¿se hace cargo? Cuando estás trabajando y la gente te interrumpe... No hablo de usted, por supuesto.

—¿Quizá, señor, me daría finalmente una descripción de su laboratorio? —rogó el hombre con una mezcla de modestia y pesadumbre—. Después de todo, a usted ya le es lo mismo...

«En el espacio de tres días, sale tal multitud de unos pocos gramos de huevas, que es imposible contarla», rugía mientras tanto el altavoz.

—El muy pícaro... ¿Y bien? —siseó Persikov al hombre gordo, amblando de indignación—. ¿Qué dice usted a eso? Hay que ver; deberíamos compadecerle...

—Ultrajante —agregó el interpelado.

De pronto, una deslumbrante luz hirió los ojos del profesor y el fogonazo iluminó cuanto había a su alrededor: los postes, una porción del embaldosado pavimento, una pared amarilla, las caras expectantes...

—Eso es para usted, profesor —susurró extasiado el hombre gordo, y se colgó de la manga del profesor como una pesa de plomo. Algo chasqueó con rapidez en el aire y nuevamente quedó iluminada la escena.

—¡Al diablo con todos ellos! —exclamó Persikov desesperado, corriendo con su lastre por entre la multitud—. ¡Eh, taxi! ¡A Prechistenka!

El viejo y desvencijado coche, cosecha del 24, se acercó hasta donde se hallaba el profesor, que trató de subir al vehículo al tiempo que intentaba desembarazarse del hombre gordo.

—¡Me está molestando! —murmuró, cubriéndose la cara con las manos para protegerse de la luz.

Las voces que se levantaban de entre la multitud decían:

—¿Lo ha leído? ¿Qué están diciendo? ¡El profesor Persikov y sus hijos fueron encontrados con la garganta abierta en la calle Bronny...!

—¡No tengo hijos, hijos de perra! —gritó Persikov un segundo antes de advertir que una negra cámara le enfocaba y le estaba sacando de perfil con la boca abierta y los ojos furibundos.

En un pequeño pueblo de provincias llamado oficialmente Troisk y corrientemente Steklovsk, en el departamento de Steklovsk de la provincia de Kostrona, una mujer con mantón y vestido gris con flores rosas, de algodón, salió a la escalera de una casita de la antigua catedral y estalló en lágrimas. Esta mujer, la viuda del diácono de la citada catedral, sollozó tan fuertemente que pronto otra figura femenina, cubierta con un blanco chal de lana, apareció en la ventana de la casa de enfrente y dijo:

—¿Qué es eso, Stepanovna? ¿Otra vez?

—¡La que hace sesenta! —contestó la viuda sollozando amargamente.

—¡Ay, pobrecita, pobrecita! —se lamentó la mujer del chal moviendo la cabeza—. ¡Qué desgracia, la cólera de Dios! ¿Se ha muerto?

—Ven a ver, Matrena —musitó la diaconisa entre sollozos fuertes y sentidos—, ¡ven a ver lo que ha pasado!

La puertecilla gris y combada se cerró de golpe. Los pies desnudos de la mujer pisaron los polvorientos baches de la calzada y la viuda, deshaciéndose en lágrimas, llevó en seguida a Matrena a su corral de gallinas.

A decir verdad, la viuda del reverendo Sawaty Drozdov, que había muerto en 1926 víctima de angustias antirreligiosas, no sólo no había perdido nunca su presencia de ánimo, sino que había fundado un floreciente negocio de aves. Tan pronto como los asuntos de la viuda empezaron a prosperar, el Gobierno la gravó con un impuesto tal que sus actividades estuvieron a punto de venirse abajo. Pero había gente buena en el mundo. Aconsejaron a la viuda que informara a las autoridades locales de que estaba organizando una cooperativa de obreros en la granja avícola. Los miembros de la cooperativa eran la propia Drozdova, su fiel sirvienta Matreshka y su nieta, que era sorda. Los impuestos fueron inmediatamente revocados y el negocio de pollos se extendió y floreció. Hacia 1928, de esta forma, la población del corral de la viuda, rodeado de filas de gallineros, se había elevado a doscientas cincuenta gallinas; contaba incluso con algunas de la especie *cochinchina*. Los huevos procedentes de la granja de la viuda aparecían en el mercado de Steklovsk cada domingo; también se vendían en Tambov y alguna vez llegaban a ser vistos en los escaparates de la tienda que antiguamente era conocida como Chickin, Quesos y Mantequilla, Moscú. Y ahora, una preciosa Brahmaputra, la favorita de todo el mundo, se había paseado de arriba abajo del corral, vacilando, vomitando y haciendo rodar sus melancólicos ojos hacia el sol como si estuviera viéndolo por última vez. Había abierto al máximo el pico estirando el cuello hacia el cielo. Luego, empezó a vomitar sangre.

—¡Divino Jesús! —gritó la vecina, dándose una palmada en el muslo—. ¿Qué pasa aquí? Nunca vi un pollo quejarse del estómago como si fuese un ser humano.

Y ésas fueron las últimas palabras que oyó el pobre animalito, pues, de pronto, cayó de lado, picoteó débilmente el polvo y cerró los ojos para siempre. Luego, rodó

hasta quedar de espaldas, tensó sus patas como queriéndolas clavar en el cielo y quedó inmóvil.

—Stepanovna, quizá me equivoque, pero juraría que a tus pollos les han echado mal de ojo. ¿Quién ha visto nunca una cosa igual? ¡Caramba! Las gallinas nunca han enfermado así.

—¡Los enemigos de mi vida! —clamó al cielo la diaconisa—. ¿Es que acaso lo que quieren es llevarme de este mundo?

Sus palabras fueron contestadas por un recio quiquiriquí, tras el cual un gallo sucio y flaco voló oblicuamente desde un gallinero como un borracho escandaloso sale de una taberna. Miró con ojos desorbitados a las dos mujeres, anduvo como loco por un rincón del corral y extendió sus alas como si fuera un águila, pero no se elevó del suelo. En lugar de eso, empezó a correr en círculo por el patio. A mitad de la tercera vuelta se paró y dio muestras de estar muy enfermo; empezó, en efecto, a toser y a resollar, esparció a su alrededor varios escupitajos sanguinolentos, se desplomó y apuntó al sol con sus patas crispadas como garfios.

Una nueva explosión de gemidos femeninos llenó el ámbito, siendo esta vez contestada por ansiosos cloqueos, batir de alas y ruidosa *algazara*, proveniente todo ello de los gallineros.

—Bueno, ¿es o no es mal de ojo? —exclamó triunfalmente la vecina—. Llama al padre Sergy para que oficie un servicio.

A las seis de la tarde, cuando el sol, ya bajo, quedó como una faz hirviente entre las redondas caras de los girasoles, el padre Sergy, prior de la iglesia catedral, se quitaba los ornamentos tras haber completado su servicio. Cabezas curiosas aparecían sobre la vieja valla combada y se entreveían por las rendijas que dejaban entre sí las tablas que la componían. La afligida viuda había besado la cruz, vertido copiosas lágrimas sobre el desgastado rublo amarillo canario, y se lo había dado al padre Sergy; él, en respuesta, suspiró y murmuró algo a propósito de la cólera del Señor.

Después de eso la multitud de la calle se dispersó y, como las gallinas se retiran temprano, nadie se enteró de que tres de ellas y un gallo habían muerto en el mismo momento en el corral de la vecina más próxima a la Drozdova. Vomitaban, tal como hacían las de esta última, pero con la única diferencia de que sus muertes ocurrían en un gallinero cerrado, por lo que el ruido no trascendía al exterior. El gallo cayó de cabeza desde el palo, y murió en esa postura. Como ocurrió en el corral de la viuda, al atardecer todos los demás gallineros estaban mortalmente tranquilos, con las aves yacentes sobre el suelo, amontonadas, tiasas y frías.

A la mañana siguiente el pueblo se despertó como herido por un rayo debido a que el asunto había adquirido proporciones monstruosas. Hacia el mediodía, sólo tres gallinas quedaban aún vivas en la calle Personal; las que pertenecían a los dueños de la última casa, donde vivía el inspector financiero del departamento. Pero incluso éstas murieron hacia la una del mediodía. Al atardecer, la temida palabra «plaga» agitaba como una colmena al pueblo de Steklovsk. El nombre de Drozdova apareció

en el periódico local *El Guerrero Rojo* en un artículo intitulado «¿Se tratará de una plaga avícola?». Y de ahí llegó a Moscú.

Mientras tanto, la vida del profesor Persikov había alcanzado un extraño estado de inquietud y desorden. Ya no era posible trabajar. Al día siguiente de haberse desembarazado de Alfred Bronsky se vio forzado a desconectar el teléfono de su oficina del Instituto arrancando de un tirón el hilo del receptor. Y por la tarde, mientras iba a su casa en el trolebús que circulaba a lo largo del polígono Okhotny, el profesor tuvo ocasión de contemplarse en un gran cartel, instalado en el tejado de un edificio, cuyo pie ostentaba un letrero negro con las palabras *Diario de los Obreros*. Visiblemente indignado, temblando de ira y con el rostro amarillento, el profesor aparecía subiendo a un taxi, y tras él, tirándole de la manga, avanzaba un globo ortopédico envuelto en tela de manta. El científico se cubría con las manos protegiéndose del campo de acción de la cámara que lo estaba fotografiando. Luego, apareció una leyenda dorada sobre el cartel:

«El profesor Persikov, en un taxi, explicando su descubrimiento a nuestro famoso reportero el capitán Stepanov».

Esa misma tarde, cuando volvía a sus habitaciones en la Prechistenka, el ama de llaves, María Stepanovna, le dio al profesor, apuntados en un papel, setenta números de teléfono de la gente que había llamado durante su ausencia, además de la declaración verbal de que se hallaba completamente agotada. El profesor iba a romper la nota cuando sus ojos se posaron sobre las palabras «Comisario de Salud Pública del Pueblo».

—¿Qué es esto? —preguntó el sabio, absolutamente perplejo—. ¿Qué mosca les pica a todos?

Serían las diez y cuarto cuando sonó el timbre de la puerta. El visitante, un ciudadano muy bien vestido, consiguió permiso para entrar gracias a su carta de presentación, que declaraba —sin nombre ni iniciales—: «Jefe Plenipotenciario del Departamento de Asuntos con las Embajadas Extranjeras en la Unión Soviética».

—¿Por qué no se va al diablo? —gruñó Persikov, tirando su lupa y algunos diagramas sobre el tapiz verde de la mesa.

Luego añadió, dirigiéndose a María Stepanovna:

—Haz pasar a mi estudio a ese «plenipotenciario».

Minutos después preguntaba en un tono que hizo sobresaltar al visitante:

—¿En qué puedo servirle?

Persikov se subió las gafas hasta la frente, luego se las puso otra vez sobre la nariz, y, para terminar, fijó la vista en el recién llegado que resplandecía con su vestimenta de piel auténtica y piedras preciosas. En su ojo derecho se asentaba un monóculo.

«¡Qué fisonomía más vil!», se dijo Persikov para sus adentros.

El individuo en cuestión empezó de manera indirecta. Pidió permiso para encender un cigarro, tras lo que Persikov, de peor humor que antes, le invitó a

sentarse, y procedió entonces a ofrecer sus disculpas por lo avanzado de la hora, «pero es que el profesor es muy difícil de abordar... hi-hi... perdón, de encontrar, durante el día» (cuando reía, el visitante se parecía mucho a una hiena).

—¡Sí, estoy muy ocupado! —contestó Persikov tan taxativamente que el visitante se estremeció nuevamente.

Sin embargo, se había permitido molestar al famoso científico.

—El tiempo es dinero, como dicen por ahí... ¿Le molesta el cigarro, profesor? — trató de ser amable.

—Hum, hum, hum —contestó el profesor.

—Tenemos entendido que usted ha descubierto el rayo de la vida. ¿...?

—En nombre del cielo, ¿de qué vida? ¡Todo esto es sólo una historia de periodistas! —Persikov se animó un tanto.

—Oh, no, hi-hi-hi... Entiendo perfectamente que la modestia es el verdadero mérito de los auténticos hombres de ciencia... Pero ¿por qué andarse por las ramas? Hubo muchos comunicados... En muchas capitales del mundo, como Varsovia y Riga, ya lo saben todo acerca del rayo. El nombre del profesor Persikov está en los labios de todo el mundo, y el mundo le sigue con el aliento entrecortado. Pero todos conocen la difícil posición de los científicos en Rusia. *Entre nous soit dit...* ¿no hay aquí nadie más? ¡Cielos! En este país no saben apreciar la labor del científico. Y así, él querría hablar de algunas cosas con el profesor. Cierta estado extranjero ofrecía, desinteresadamente, ayudar al profesor Persikov en sus investigaciones. ¿Por qué arrojar perlas aquí, como dicen las Sagradas Escrituras...? En ese estado conocen las penalidades que el profesor tuvo que soportar en 1919 y 1920, durante aquella... hi-hi... revolución. Bien, por supuesto, en la más estricta confidencia... el profesor podría informar a dicho estado sobre los resultados de sus trabajos, a cambio de financiar al profesor. Coja, por ejemplo, la habitación que él había preparado. Sería interesante que le acompañara para hacer los planos del acondicionamiento...

En ese momento, el visitante sacó del bolsillo interior de su chaqueta un deslumbrante legajo de blancos billetes...

—Un pequeño adelanto. Vea —dijo—, cinco mil rublos que pueden ser puestos a disposición del profesor en este mismo momento. Y, claro está, no es necesario recibo... por el contrario, el jefe plenipotenciario se sentiría ofendido si usted mencionara su necesidad.

—¡Fuera! —rugió súbitamente el profesor, de tal manera que el piano del gabinete resonó con sus notas más altas.

El personaje se evaporó tan rápidamente que Persikov, trastornado como estaba por la cólera, empezó a preguntarse si realmente había estado allí o no. ¿Había sido una alucinación?

Persikov volvió a su estudio y a sus diagramas, pero no le dejaron concentrarse en su trabajo. El teléfono volvió a sonar y una voz femenina inquirió si al profesor le gustaría casarse con una atractiva y ardiente viuda, propietaria de un piso de siete habitaciones. No había hecho más que colgar, cuando el teléfono sonó de nuevo. Esta vez Persikov se azoró levemente; un conocido personaje le estaba llamando desde el Kremlin. Le preguntó por su trabajo con simpatía y gran interés, y expresó el deseo de visitar su laboratorio. Cuando se apartó del teléfono, Persikov hubo de enjugarse la frente. Luego, se acercó de nuevo y volvió a descolgarlo. Pero en ese momento hubo una súbita explosión de trompetas en el aire, seguida de los gritos de las *Valkirias*; el director del Sindicato de Manufacturas de la Lana, que vivía en el piso de arriba, había sintonizado con su aparato de radio una emisión del concierto de Wagner retransmitida desde el Bolshoi. Por encima de la algazara y del estrépito que se vertían desde el piso superior, Persikov gritó a María Stepanovna que demandaría al director, haría pedazos la radio, abandonaría Moscú y se iría a cualquier maldito rincón del mundo, porque resultaba obvio que la gente había decidido echarle de allí. Rompió la lupa y se echó sobre el sofá de su estudio. Se quedó dormido con el encantador murmullo de las notas de piano...

Las sorpresas continuaron al día siguiente. Cuando llegó al Instituto, Persikov se encontró a un ciudadano desconocido, con elegante sombrero hongo de color verde, situado a la entrada. Aquel ciudadano estuvo vigilando de cerca al profesor, pero, al no dirigirle pregunta alguna, Persikov le ignoró. No obstante, ya en el vestíbulo, el científico recibió la visita del aturdido Pankrat al que seguía un nuevo sombrero hongo, que le saludó con toda cortesía.

—Buenos días, ciudadano profesor.

—¿Qué desea? —preguntó Persikov en tono amenazador, mientras se quitaba el abrigo ayudado por Pankrat. Entonces, el sombrero hongo procedió a tranquilizar rápidamente al profesor, susurrando, con un suavísimo tono de voz, que no tenía por qué inquietarse. El, el sombrero hongo, estaba allí con el único propósito de que el profesor no fuese molestado por ningún visitante inoportuno...

—Hum... Diría que están ustedes bien organizados —murmuró Persikov: y añadió ingenuamente—: Y qué, ¿comerá usted aquí?

El sombrero hongo sonrió y explicó que sería relevado.

Después de este episodio transcurrieron tres días de magnífica calma. El profesor tuvo dos visitas del Kremlin. Los otros visitantes fueron sólo los estudiantes que acudían a buscar los resultados de sus exámenes. Eran, generalmente, suspendidos, y sus caras mostraban que Persikov se había convertido para ellos en objeto de terror supersticioso.

—¡Váyanse y métanse a chóferes! No sirven para estudiar Zoología —se oía desde la oficina.



—Severo, ¿eh? —preguntó a Pankrat el sombrero hongo.

—Un santo terror —contestó Pankrat—. Incluso los que han sido aprobados salen serios y pálidos. Pobres almas. Les hace sudar. Salen dando traspiés y, rápido, a la taberna.

Ocupado en estos asuntos menores, el profesor no se dio cuenta de que habían pasado ya tres días, y durante el transcurso del cuarto se le devolvió de nuevo a la realidad. La causa de esto fue una aguda voz de falsete que le llegó desde la calle.

—¡Vladimir Ipatievich! —irrupió la voz desde abajo a través de la ventana abierta de la oficina.

La voz estaba de suerte. Encontraba a Persikov exhausto por los acontecimientos de los días anteriores. En ese momento estaba descansando en su sillón, con los débiles ojos enrojecidos, y fumando. Se hallaba demasiado cansado para poder proseguir con su trabajo. De ahí que mirase con cierta curiosidad por la ventana y viera a Alfred Bronsky en la acera. El profesor reconoció al momento al dueño titular de las tarjetas satinadas por su sombrero puntiagudo y su bloc de notas. Ante la ventana, Bronsky saludó con deferencia y simpatía.

—¡Ah! ¿Es usted? —dijo el profesor.

El siempre presente hongo de la esquina dirigió instantáneamente la totalidad de sus sentidos hacia el periodista, en cuya cara estaba apareciendo justamente la más desarmante sonrisa.

—Sólo un par de minutos, querido profesor —dijo Bronsky, forzando la voz desde la calle—. Sólo una pequeña pregunta puramente de zoología. ¿Me la permitirá?

—Adelante —contestó Persikov, breve e irónicamente, pensando para sí: «Después de todo, hay algo americano en este bribón».

—¿Qué diría usted a propósito de para las gallinas querido profesor? —gritó Bronsky haciendo bocina con las manos.

Persikov estaba al borde del abismo. Se sentó en la ventana, luego se apartó, presionó un botón y gritó señalando con el dedo hacia la calle:

—¡Pankrat, deje entrar a ese tipo de la acera!

Cuando Bronsky apareció en la oficina, Persikov alargó su cortesía al extremo de espetar:

—¡Siéntese!

Por lo que Bronsky, con una arrebatadora sonrisa, se sentó en el taburete giratorio.

—Va a contestarme una cosa —empezó Persikov—. Usted escribió para esos periódicos, ¿no es así?

—Sí, señor —contestó Alfred con gran respeto.

—Bien; hay algo que me resulta incomprensible. ¿Cómo puede usted escribir si ni siquiera habla correctamente? ¿Qué clase de expresiones son ésas, «un par de minutos», «a propósito de para las gallinas»? Probablemente querría decir «a

propósito de las gallinas», ¿no?

A Bronsky se le escapó una leve y respetuosa risita.

—Valentín Petrovich lo aprueba —aclaró.

—¿Quién es Valentín Petrovich? —preguntó Persikov.

—El jefe del departamento de literatura —volvió a informar Alfred.

—Ah, está bien. Olvidemos a su Petrovich. ¿Qué era, en concreto, lo que quería saber sobre gallinas?

—Todo lo que pueda decirme, profesor.

Bronsky se armó de lápiz y papel, y chispas de felicidad brotaron en los ojos del científico.

—No debería haberse dirigido a mí; no soy especialista en el reino de las plumíferas. Mejor habría sido que fuera a ver a Emelyan Ivanovich Portugalov, de la primera Universidad. Yo, de hecho, sé muy poco...

Bronsky siguió con su sonrisa de adoración, como para indicar que había entendido la broma del profesor. «Broma: poco», apuntó en el cuaderno.

—Sin embargo, si está interesado... Muy bien. Gallinas, o *Pectinates*... Género: pájaros. Orden: gallina. Subespecie: faisán...

Persikov recitó en alta voz, mirando, no a Bronsky, sino a algo situado más allá de él, donde un millar de personas estaban, presumiblemente, escuchando...

—Familia del faisán... Faisánidas. Pájaros de carnosa cresta y dos lóbulos sobre la mandíbula inferior... hum... a veces, por supuesto, sólo hay uno, en el centro del mentón... ¿Qué más? Alas: cortas y redondeadas... Cola: mediana, algo aserrada, con las plumas del centro dispuestas en orden creciente... Pankrat... tráigame el modelo número 705 de la sala de exposición. Se trata de un gallo seccionado transversalmente... Pero, espere, ¿no lo necesita? Déjelo, Pankrat... Repito, no soy un especialista. Vaya a Portugalov. En realidad yo estoy familiarizado con seis especies de gallinas salvajes... hum... Portugalov conoce más. En la India y en el archipiélago Malayo... por ejemplo: el gallo de Banki, hallado en las faldas del Himalaya, en la India, en Assam y Burma... Luego, existe el gallo de cola de frac o *Gállus varius*, de Lombok, Sumbawa y Flores. En la isla de Java hay un notable gallo, el *Gállus cneus*. Al sudeste de la India, puedo alabar al muy hermoso gallo Zonnerat. Y en Ceilán encontramos al gallo Stanley, propio exclusivamente de esta isla.

Bronsky estaba en su asiento escuchando con gran interés y garabateando con furia.

—Me gustaría saber algo sobre las enfermedades de los pollos —musitó Alfred modestamente.

—Hum, no soy un especialista... Pregunte a Portugalov... Bien, están las lombrices del intestino, el trematodo hepático, las garrapatas, la sarna roja, los piojos de los pollos, los piojos de las aves de corral, o *Mallophaga*, las pulgas, el cólera de las gallinas, la inflamación grupo-diftérica de las membranas mucosas..., la

neumonomicosis, la tuberculosis, la sarna de los pollos... Hay toda clase de enfermedades —brillaban chispas en los ojos de Persikov—. Puede haber envenenamiento, tumores, raquitismo, ictericia, reumatismo, y el *Fungus achoritun Schoenleinii*... una enfermedad muy interesante. Produce pequeñas manchas en la cresta, parecidas al moho.

Bronsky se secó la frente con un pañuelo vivamente coloreado.

—Y ¿cuál es en su opinión, profesor, la causa de la actual catástrofe?

—¿Qué catástrofe? —se extrañó el científico.

—Cómo, ¿no lo ha leído, profesor? —exclamó Bronsky con gran asombro al tiempo que sacaba de su cartera una hoja del *Izvestia*.

—No leo periódicos —contestó Persikov frunciendo el ceño.

—Pero ¿por qué, profesor? —preguntó Alfred con ternura.

—Porque escriben cosas sin sentido —contestó Persikov sin un segundo de vacilación.

—Pero ¿qué dice a esto, profesor? —susurró Bronsky mansamente al tiempo que desdoblaba la hoja.

—¿Qué es esto? —preguntó Persikov, estirándose incluso un poco en su silla; ahora las chispas brillaban en los ojos de Bronsky.

Con una uña puntiaguda subrayó el gran titular que llenaba la parte superior de la página: «Plaga avícola en la República».

—¿Qué? —preguntó Persikov, con las gafas en la frente.

Las blancas luces delanteras de los autobuses y las verdes del trolebús se deslizaban arriba y abajo de la plaza del Teatro. Sobre el antiguo «Muir y Murrilis», encima del décimo piso levantado allí, una mujer formada por bombillas eléctricas de colores saltaba arriba y abajo mientras tiraba letras que se unían para formar las palabras «Crédito de los Trabajadores». En la plaza de enfrente, ante el teatro Bolshoi y situada alrededor de la brillante fuente que soltaba chorros de agua multicolores por la noche, una muchedumbre se apiñaba y bullía. Y, sobre el Bolshoi, un altavoz gigante tronó:

«Las vacunas experimentadas en el Instituto Lefort de Veterinaria han dado excelentes resultados. El número de pollos muertos ha descendido, por el momento, a la mitad».

Luego, el altavoz cambió de timbre; algo gruñó en su interior, se apagó y volvió a surgir, y el locutor se lamentó en un profundo bajo:

«La Comisión Especial elegida para combatir la plaga que afecta a los pollos, y que consta del comisario de Salud Pública del Pueblo, el comisario de Agricultura del Pueblo, el director del Departamento de la Crianza de Ganado, camarada Fowlin-Hamsky, el profesor Persikov y el camarada Rabinovich...». «Nuevas tentativas de intervención...».

El locutor se rió y lloró, y su risa fue como el llanto de una hiena.

«... En relación a la plaga que ataca a los pollos».

La gente, amontonada, se apretaba contra las paredes cubiertas con anchos carteles iluminados con reflectores rojos.

«Bajo la amenaza de severas sanciones se prohíbe a la población consumir carne de pollo y huevos. Los comerciantes particulares que intenten venderlos en los mercados serán objeto de procesamiento criminal y les serán confiscadas sus propiedades. Todos los ciudadanos que tengan en su poder huevos de gallina deben llevarlos rápidamente a las jefaturas de policía».

En el tejado de la *Gaceta de los Obreros*, los pollos eran amontonados hasta gran altura sobre la mampara, y los bomberos, vestidos de verde, temblorosos y brillantes, echaban queroseno sobre ellos con largas mangueras; en aquel momento se encendieron las letras de neón: «Quema de cadáveres de gallinas en la Codina».

Entre los rabiosamente iluminados escaparates de las tiendas abiertas hasta las tres de la mañana (con dos descansos para comer y cenar), se abrían de par en par los viejos agujeros de las ventanas bordeadas de letreros, «Huevería. Calidad garantizada». Muy a menudo la policía de tráfico tenía que abrir el paso a coches que ostentaban la placa de «Departamento de Salud Pública de Moscú. Primera Ayuda», que aceleraban, con las sirenas a la máxima potencia, para adelantar a los pesados autobuses.

—Otro que ha ido y se ha hartado de huevos podridos —decía la gente.

Sobre el teatro del difunto Vsevolod Meyerhold, que murió, como es sabido, en 1927, durante la representación del *Boris Godunov* de Pushkin, cuando una plataforma de boyardos (desnudos) le cayó sobre la cabeza, relampagueaba un letrero móvil y multicolor que anunciaba una reposición teatral, *El graznido de la gallina*, escrita por el dramaturgo Erendorg y producida por un discípulo de Meyerhold, director honorario del Kukhterman. La puerta de al lado, perteneciente al Restaurante Aquarium, centelleaba por los anuncios eléctricos, y, en el interior del local resonaban los salvajes aplausos de los convidados que contemplaban, en el verdor del escenario, una revista del escritor Perezov titulada *El hijo de la gallina*. En el exterior, por la Tverskaya, marchaba una procesión de asnos del circo con linternas suspendidas de la cabeza y brillantes letreros que anunciaban la reposición de la obra de Rostand, *Chantecler*, en el teatro Korsh.

Los repartidores de periódicos gritaban entre el gentío: ¡Estremecedor hallazgo en una gruta! ¡Preparativos de Polonia para la guerra! ¡Experimentos del profesor Persikov!

Sin mirar a nadie, sin ver a nadie siquiera, insensible a los pequeños codazos y a las dulces y tiernas insinuaciones de las prostitutas, Persikov, inspirado y solitario, coronado de súbita fama, se dirigía por la Mokhovaya hacia el vistoso reloj del Manége. Una vez allí, siempre sin ver a nadie y absorto en sus pensamientos, se topó con un extraño individuo vestido con ropa pasada de moda, y se golpeó dolorosamente los dedos contra la pistolera que el hombre llevaba colgada del cinturón.

—¡Ay, maldita sea! —profirió Persikov—. Lo siento.

—Lo siento —contestó el extraño con desagradable voz, y luego ambos se separaron en el espeso río humano. Mientras volvía a la Prechistenka, el profesor olvidó completamente el encuentro.

No podemos asegurar a qué fue debido el éxito de las vacunas de la Veterinaria Lefort, si a la pericia de las unidades de contención de Samara, al efecto de las tajantes medidas aplicadas a los comerciantes de huevos o al eficiente trabajo de la comisión extraordinaria de Moscú; pero lo cierto es que dos semanas después de la última entrevista de Persikov con Alfred Bronsky, la crisis de los pollos en la Unión de Repúblicas Soviéticas era ya un hecho del pasado.

Habiendo alcanzado Arkángel y Syumkin, en el norte, la plaga se detuvo por sí sola ya que no podía ir más lejos; como es sabido, no hay gallinas en el mar Blanco. También hizo alto en Vladivostok, allá donde se extiende el océano. En el lejano sur desapareció por las ardientes estepas del Ordubat, Dzulfa y Karabulak. Y en el oeste se paró milagrosamente justo en las fronteras con Polonia y Rumania. La prensa extranjera discutió escandalosa y afanosamente la inaudita catástrofe, mientras que el Gobierno de las Repúblicas Soviéticas, sin ruido inútil, trabajó sin descanso para arreglar las cosas. La Comisión Extraordinaria para Luchar contra la Plaga de los Pollos cambió su nombre por el de Comisión Extraordinaria para el Resurgimiento y

el Restablecimiento de la Crianza de Pollos en la República, y se vio aumentada por un nuevo Comité Extraordinario de los Tres, compuesto por dieciséis miembros. Se puso en funcionamiento una oficina «Buenas Aves» con Persikov y Portugalov como presidentes honorarios. Los periódicos publicaron sus retratos en la cabecera de artículos titulados así como «Grandes compras de huevos al extranjero» y «El señor Hugues quiere acabar con la campaña pro-huevos».

El profesor Persikov había trabajado hasta el límite de sus fuerzas. Durante tres semanas, los sucesos relacionados con los pollos habían desbaratado toda su rutina y habían doblado sus quehaceres y obligaciones. Cada tarde había tenido que asistir a conferencias de las Comisiones de los pollos, y a veces, incluso, fue obligado a sufrir largas entrevistas con Bronsky o con el grueso capitán Stepanov. Había tenido que trabajar con el profesor Portugalov y con los asistentes, profesores Ivanov y Bornhart, disecando y mirando a los pollos por el microscopio en busca del bacilo de la plaga. Incluso llegó a escribir apresuradamente —en tres tardes— un folleto sobre «Resultado de la plaga: Mutaciones en los pollos de Kidney».

Pero el hecho es que Persikov trabajaba en el campo de las gallináceas sin ningún entusiasmo, y se entiende fácilmente el porqué: su mente estaba en otro lugar, luchando a brazo partido con el problema más importante, con el problema capital del que había sido apartado por la catástrofe avícola, con el apasionante problema del rayo rojo.

Los últimos días de julio vieron un ligero apaciguamiento de la tensión hasta entonces reinante. El trabajo de la renombrada Comisión se redujo a un ritmo normal, y Persikov pudo volver a su interrumpido trabajo. Los microscopios fueron provistos de nuevas preparaciones y, bajo el rayo, huevas de pez y de rana se abrieron en la cámara con prodigiosa velocidad. Llegó desde Konisberg, por vía aérea, un cristal encargado especialmente, y durante la última semana de julio los mecánicos que trabajaban a las órdenes de Ivanov construyeron dos nuevas y amplias cámaras en las que el rayo alcanzaba la anchura de un paquete de cigarrillos en el orificio de salida, mientras que en su parte más ancha llegaba a abarcar algo más de un metro. Persikov, que se frotaba las manos por este éxito, empezó a preparar ciertos misteriosos y difíciles experimentos. Para empezar se puso al habla con el comisario de Educación del Pueblo, quien le dio las máximas seguridades sobre toda posible asistencia y colaboración. Después de esto, Persikov telefoneó al camarada Fowlin-Hamsky, director del Departamento de la Crianza de Ganado de la Comisión Suprema.

Fowlin-Hamsky hizo objeto a Persikov de sus más amables agasajos. El asunto había motivado una gran demanda de información por parte del extranjero, y Fowlin-Hamsky le comunicó que debía telegrafiar inmediatamente a Berlín y Nueva York. Al cabo de un rato inquirieron del Kremlin cómo marchaban los trabajos de Persikov, y una voz importante y afable preguntó al científico si le gustaría que se pusiera un coche a su disposición.

—No, gracias. Prefiero el trolebús —aseguró Persikov.

—Pero ¿por qué? —preguntó la misteriosa voz.

—Es más rápido —repuso Persikov.

Pasó otra semana, y el profesor, desentendiéndose más y más del asunto de las gallinas, se dedicó por completo al estudio del rayo. Debido a las muchas noches de insomnio y excesivo trabajo acabó sintiéndose en un estado de perenne mareo, y la cabeza parecía habersele hecho ingrávida y transparente. El científico se pasaba casi todas las noches en el Instituto, y las enrojecidas ojeras ya nunca le abandonaban. En cierta ocasión salió de su refugio zoológico para dar una conferencia en la Sala Tsebuku de la Prechistenka sobre el rayo y sus efectos en las células del huevo. El excéntrico zoólogo obtuvo un éxito colosal. En el escenario, y en una mesa con la superficie de cristal que había próxima al conferenciante, se veía, sobre una especie de fuente, un húmedo sapo gris que respiraba con gran ruido.

Al terminar la conferencia, el presidente de la Tsebuku arrastró a Persikov otra vez sobre el escenario para que saludara al público, cosa que éste hizo irritado. Cientos de caras pálidas y de pecheras blancas oscilaron ante él en la penumbra, y, de pronto, la cartuchera amarilla de un revólver relampagueó un momento para desaparecer en seguida tras una columna. Persikov lo advirtió vagamente, pero lo olvidó al instante.

Era un soleado día de agosto. El profesor, cerrando los porticones, se encargó de que las sombras le rodearan. Un «flexo» proyectaba su luz sobre la mesa de cristal, llena de instrumentos y plaquillas de microscopio. Recostado, al borde del agotamiento, contra la espalda de su sillón, Persikov fumaba. Sus ojos, exhaustos pero satisfechos, miraban a través de las columnas de humo a la entreabierta puerta de la habitación donde el rojo haz de su rayo yacía en calma, exudando su débil calidez en el aire, ya sofocante y viciado, del cuarto. En éstas, alguien llamó a la puerta:

—¿Sí? —preguntó Persikov.

La puerta chirrió levemente al dejar entrar a Pankrat, el conserje. Con los brazos caídos y pálido de terror reverencial ante el ser sobrehumano, dijo:

—Señor profesor, hay alguien ahí afuera que pregunta por usted. Su nombre es Porvenir.

La sombra de una sonrisa se extendió por las mejillas del científico, que entornó los ojos y musitó:

—Eso es muy interesante. Pero estoy ocupado.

—Dice que trae un certificado oficial del Kremlin —insistió Pankrat.

—¿Porvenir con un certificado? Extraña mezcla —repuso Persikov, y añadió—: Está bien, déjele pasar.

—Sí, señor —dijo Pankrat mientras se deslizaba hacia el vestíbulo como una anguila.

Unos segundos después la puerta volvía a chirriar y un hombre hacía su aparición en el umbral. El sillón de Persikov hizo ruido al moverse éste, que miró de hito en hito al visitante por encima del hombro y de sus gafas. Persikov estaba demasiado lejos de la realidad —no le interesaba en absoluto—, pero a pesar de todo se sintió impresionado por las notables y sobresalientes características del recién llegado.

Vestía de forma particularmente pasada de moda. Llevaba un abrigo de cuero con pequeña capa sobre los hombros, pantalones verde oliva, botines y polainas, así como una enorme pistola «Máuser», de anticuada fabricación, a la cintura, dentro de una agrietada cartuchera amarilla. La cara del visitante provocó en Persikov la misma impresión que le produjera cierto caballero extremadamente desagradable. Sus pequeños ojos miraban al mundo con asombro, pero, al mismo tiempo, con seguridad; además, había algo insolente y agresivo incluso en sus cortas piernas y pies planos. Iba muy bien afeitado y su cara tenía un tinte algo azulado.

Persikov frunció el ceño y dijo:

—Trae usted un certificado. ¿Dónde está?

El recién llegado estaba obviamente anonadado por lo que veía. De ordinario no era propenso a desconcertarse, pero en este caso lo estaba. A juzgar por la dirección de sus ojos, se encontraba aturdido sobre todo por la biblioteca de doce estantes que llegaba al techo, atestada de libros. Y luego, por supuesto, por las cámaras, en las



cuales, como en el infierno, oscilaba el rayo escarlata difundido y aumentado por las paredes de cristal.

El visitante miró al profesor y el respeto que sintió hizo estremecer la usual firmeza de sus ojos. No sacó ningún papel, pero dijo:

—Soy Alexander Semionovich Porvenir.

—¿Sí? ¿Y qué?

—He sido nombrado gerente de la granja modelo del Soviet «Sovjós del Rayo Escarlata» —explicó el recién llegado.

—¿Y?

—Y así, he venido con un memorándum secreto, camarada.

—Interesante. Pero sea breve, por favor.

El visitante se desabrochó el abrigo y sacó una orden, impresa en excelente papel de barba. Se la tendió a Persikov y luego, sin esperar invitación, se sentó en un taburete giratorio.

—No empuje la mesa —dijo Persikov con odio.

El visitante miró con algo de temor a la mesa, en cuyo extremo más lejano, en un orificio oscuro, dos ojos sin vida brillaban como esmeraldas.

Cuando Persikov hubo leído el papel se levantó de un salto y corrió al teléfono. Unos segundos después hablaba apresuradamente y con extrema irritación:

—Perdone... No entiendo... ¿Cómo puede ser...? Yo... Sin mi consentimiento o consejo... ¡Pero sólo Dios sabe qué hará este hombre con eso!

El extraño, entonces, se dio la vuelta y le miró, ofendido en extremo.

—Perdone —empezó—. Soy el geren...

Pero Persikov le hizo una seña con el índice.

—Perdone, no puedo entenderlo... En suma, protesto enérgicamente. No puedo consentir ninguna prueba con huevos antes de que yo mismo experimente con... —seguía Persikov, enarbolando el teléfono.

Se oyeron quejas y chasquidos por el auricular, incluso desde lejos daba la impresión de que la voz que se oía, paciente y condescendiente, estaba dirigiéndose a un niño enfadado. Al terminar la conversación, Persikov, encarnado, colgó violentamente el teléfono y gritó al vacío:

—¡Yo me lavo las manos!

Volvió hacia la mesa, cogió el papel y, tras releerlo de arriba abajo, se encaró con el visitante.

—Muy bien... Me someto. No es de mi incumbencia. Y, además, no me interesa.

Porvenir no estaba tan ofendido como asombrado.

—Perdone, camarada... —empezó—, pero ¿usted está...?

—Camarada... Camarada... —le espetó—. ¿Es eso lo único que sabe decir? —exclamó hoscamente Persikov sin poderse contener.

«¡Bien!», parecía decir el rostro de Porvenir.

—Perd... —dijo éste de viva voz.

—Y ahora, si me hace el favor... —le interrumpió Persikov—. Este es el arco de la bombilla generadora. Con su ayuda se obtiene, manipulando el ocular —Persikov asió el objetivo de la cámara que parecía un aparato fotográfico—, un haz de rayos que pueden unirse moviendo el objetivo número 1 hasta aquí, y el espejo número 2.

Persikov apagó el rayo; a continuación volvió a encenderlo enfocándolo sobre el suelo de amianto de la cámara.

—Sobre el suelo puede disponer lo que quiera y proceder al desarrollo del experimento. Muy simple, ¿no cree?

Persikov quería expresar ironía y desprecio, pero el funcionario no lo advirtió, mirando la habitación, como estaba, con sus atentos ojillos.

—Pero le aviso —siguió Persikov—. Mantenga sus manos lejos del rayo, porque, según he observado, provoca un crecimiento del epitelio... y, por desgracia, todavía no he establecido si es maligno o no.

El visitante se llevó rápidamente las manos a la espalda.

—¿Y cómo lo hace usted, profesor?

—Puede comprar guantes de goma en Schwab, de Puente Kuznetsky —contestó irritado el profesor—. No tengo por qué ocuparme de eso.

Persikov miró de pronto a Porvenir, como si estuviera examinándole a través de una lupa:

—¿De dónde viene? Y, en general, ¿por qué? —le preguntó.

Porvenir se sintió verdaderamente ofendido.

—Perd...

—¡Después de todo, uno tiene derecho a saber bien de qué se trata! ¿Por qué se han agarrado a este rayo?

—Porque es un asunto de sumo interés.

—¡Ah! El sumo... En ese caso... ¡Pankrat!

Pero cuando Pankrat apareció dijo:

—Espere, tengo que pensar.

Y Pankrat desapareció, obediente.

—Hay una cosa que no consigo entender —dijo Persikov—. ¿Por qué esta precipitación y secreto?

—Usted me asombra, profesor —contestó Porvenir—. ¿Sabe que todos los pollos han muerto? ¡Hasta el último!

—¿Y qué tiene eso que ver? —chilló Persikov— ¿Van a intentar resucitarlos al momento? ¿Es eso? ¿Y por qué con la ayuda de un rayo que aún no ha sido estudiado debidamente?

—Camarada profesor —repuso Porvenir—, debo decir que usted me confunde. Le digo que tenemos que restablecer la cría de pollos porque en el extranjero están escribiendo toda clase de improcedencias sobre nosotros. Por eso.

—Me gustaría saber de quién fue la idea de criar pollos a partir de los huevos...

—Mía —contestó Porvenir.

—Hum... Ya veo... ¿Y por qué, si se puede saber? ¿Dónde aprendió usted las propiedades del rayo?

—Bueno, asistí a su conferencia.

—¡Todavía no he hecho nada con huevos! ¡Sólo estoy preparándome para hacerlo!

—¡Funcionará, juro que funcionará a la perfección! —gritó súbitamente Porvenir con convicción—. ¡Su rayo es tan famoso! Y usted puede hacer surgir elefantes con él, no ya pollos.

—Dígame —dijo Persikov—, usted no es zoólogo, ¿verdad que no? Lástima... Sería un muy audaz experimentador... Sí... Pero corre el riesgo de acabar... con... Y me está haciendo perder el tiempo...

—Le devolveremos sus cámaras.

—¿Cuándo?

—Tan pronto como críe el primer grupo.

—Habla usted con mucha confianza. Muy bien. ¡Pankrat!

—Traigo hombres conmigo —dijo Porvenir—, y guardias...

Por la tarde, la oficina de Persikov había quedado desmantelada y desolada. Sobre las mesas no se veía ningún objeto. Los hombres de Porvenir se habían llevado las tres cámaras grandes, dejando al profesor sólo la primera, la cámara pequeña de su propiedad, en la que había comenzado sus primeros experimentos.

En aquel crepúsculo de agosto, el Instituto se volvió gris; la tristeza y soledad fluctuaban por los corredores. Se oía el monótono ruido de unas pisadas en el estudio; Persikov se paseaba desesperadamente por la habitación, de la puerta a la ventana... Tenía lugar un extraño fenómeno: una inexplicable sensación de decaimiento se había abatido sobre el edificio y sus habitantes, tanto humanos como animales.

Sonó la campana del estudio de Persikov. Pankrat apareció en el umbral. Llevaba consigo una extraña fotografía. Perdido y solitario, el científico siguió sin inmutarse en el centro de la habitación y miró las mesas vacías. Pankrat tosió y permaneció inmóvil.

—Aquí, Pankrat —dijo Persikov señalando una de las mesas.

Pankrat se asombró. Le pareció que los ojos del profesor brillaban en la oscuridad bañados en lágrimas. Era extraordinario y, a la vez, terrible.

—Ya sabes, mi buen Pankrat —continuó Persikov, volviéndose hacia la ventana—, que mi mujer... me abandonó hace quince años por un tenor... y ahora se dice que ha muerto... Qué historia, querido Pankrat... Me han enviado una carta...

Los sapos clamaron lastimeramente y pareció como si el crepúsculo envolviese al profesor. Pankrat, confundido y acongojado, se estaba con las manos caídas, rígido de miedo.

—Vaya, Pankrat —dijo pesadamente el profesor al tiempo que hacía una señal con la mano—, váyase a dormir ya.

Verdaderamente, el mes que mejor sienta al campo es agosto, y sobre todo en la provincia de Smolensko. El verano de 1928, como es sabido, fue uno de los más agradables, ya que las lluvias de primavera habían llegado en su justo momento, el sol era caliente y despejado y se preveía una excelente cosecha. El hombre cambia cuando se halla en contacto con la naturaleza. E incluso Alexander Semionovich habría parecido menos antipático aquí que en la ciudad. Ya no llevaba el detestable abrigo de cuero. Su cara estaba bronceada por el sol; su camisa indiana, desabrochada, ponía de manifiesto un pecho cubierto por densos pelos negros; sus piernas estaban envueltas en pantalones de lona; y, además, sus ojos parecían más apacibles y amables.

Alexander Semionovich bajó rápidamente los escalones del pórtico de columnas sobre el que había puesto un rótulo que ostentaba las siguientes palabras:

«El Rayo Escarlata».

«Sovjós».

Una vez en el patio, se dirigió hacia el camión que le había traído, bajo guardia, dos cámaras oscuras. Todo el día estuvo Alexander Semionovich atareado con sus asistentes, acomodando las cámaras en el antiguo invernadero de los Sheremetyev. Al atardecer todo estaba listo. Una polvorienta bombilla blanca brillaba bajo el techo de cristal; las cámaras habían sido armadas sobre ladrillos, y el técnico que había llegado con las cámaras oprimió y dio la vuelta a los brillantes contactos y encendió el rayo rojo enfocándolo sobre el suelo de amianto.

Alexander Semionovich se movía nervioso de un lado a otro e incluso subió él mismo a la escalera para inspeccionar el tendido de los hilos.

Al día siguiente volvió el camión y trajo tres grandes cuévanos hechos de excelente madera contrachapada y cubiertos de yeso, con etiquetas y avisos en alemán y en letras blancas sobre fondo negro:

«¡Vorsicht: Eier!». («Cuidado: huevos»).

—Pero ¿por qué habrán enviado tan pocos? —se preguntaba Alexander Semionovich.

Sin embargo, se aplicó inmediatamente a desempaquetar los huevos. La labor fue llevada a cabo en el mismo invernadero con la participación de todos: el mismo Alexander Semionovich, su esposa, Manya, una mujer de extraordinario volumen, el antiguo jardinero tuerto, que servía de ordinario en el sovjós en la universalizada calidad de vigilante, el guarda, condenado a vivir en el sovjós, y la chica de servicio, Dunia. Aquello no era Moscú y todo resultaba más sencillo y amistoso. Alexander Semionovich dirigía el trabajo y miraba los cuévanos como si fuesen algo a lo que tuviese gran cariño.

—Con cuidado, por favor —pidió al guarda—, con cuidado. ¿Se da cuenta? ¡Tenemos huevos aquí!

Los huevos habían sido empaquetados perfectamente bien: bajo la tapa de madera venía una capa de papel parafinado; luego, otra de papel absorbente; a continuación iba una espesa capa de virutas de madera; finalmente, aserrín, entre el que aparecían los blancos contornos de los huevos.

—Empaquetado extranjero —dijo admirado Alexander Semionovich mientras removía el aserrín—. No como hacemos nosotros las cosas. Manya, ten cuidado, los vas a romper.

—Pareces tonto, Alexander Semionovich —contestó su mujer—. Imagínate, una joya semejante... Como si nunca hubiera visto huevos. ¡Oh...! ¡Qué grandes!

—Eso es Europa —dijo Alexander Semionovich depositando los huevos sobre la mesa de madera—. ¿Acaso esperabas recibir nuestros pequeños y moteados huevos de pájaro? No entiendo, sin embargo, por qué están sucios —dijo reflexivamente—. Manya, ocúpate de todo. Haz que sigan desembalándolos: voy a telefonar.

Aquella misma tarde sonó el teléfono en la oficina del Instituto Zoológico. El profesor Persikov acudió al aparato.

—¿Sí? —dijo.

—Llamada de larga distancia, un momento —contestó por el sibilante receptor una voz de mujer.

—Diga, escucho —repuso el profesor Persikov sobre la negra boca del teléfono.

Hubo algunos tecleos y chasquidos y, luego, una voz masculina habló ansiosamente al oído del profesor:

—¿Deben lavarse los huevos, profesor?

—¿Qué? ¿De qué se trata? ¿Qué pregunta usted? —gritó Persikov irritado—. ¿Quién está al habla?

—Desde Nikolsky, provincia de Smolensko —contestó el aparato.

—No sé de qué está hablando. ¿Quién es usted?

—Porvenir —afirmó el receptor con decisión.

—¿Porvenir? Ah, sí... es usted... bueno, ¿qué pasa?

—Si han de lavarse... Me han enviado del extranjero un cargamento de huevos...

—¿Y bien?

—Parecen algo babosos.

—Qué absurdo... ¿Cómo pueden estar «babosos»? Bueno, claro, pueden tener algo de... quizá haya un poco de excremento sobre ellos...

—¿De modo que no han de ser lavados?

—¡Claro que no! Así que ¿ya está dispuesto a llenar las cámaras con ellos?

—Lo estoy —repuso el teléfono.

—Hum... —dijo Persikov con un bufido.

—Han colgado, señor —dijo una voz femenina.

El receptor tecleó y quedó definitivamente en silencio.

—¡Han colgado! —imitó Persikov con odio. Se volvió entonces al profesor asistente Ivanov—. Imagínese, Piotr Stepanovich, que es posible que el rayo produzca el mismo efecto en el deutero plasma del huevo de gallina que en el plasma de los anfibios. Es probable pues, que las gallinas salgan del cascarón, pero ni usted ni yo podemos decir qué clase de gallinas serán. O quizá no sirvan para nada. Quizá se mueran en un día o dos. ¡Quizá, incluso, no resulten comestibles!

—Muy cierto —agregó Ivanov.

—¿Puede usted garantizar, Piotr Stenanovich, qué podrán traer al mundo las generaciones futuras?

—Nadie podría hacerlo —agregó Ivanov.

—¡Qué temeridad! —Persikov se encendió más aun—. ¡Qué insolencia! ¡Y me han ordenado que le dé instrucciones a ese bribón!

Persikov señaló el papel que Porvenir había traído, el cual yacía aún sobre la mesa del instrumental.

—¿Y cómo puedo instruir a ese ignorante cuando ni siquiera yo sé algo sobre ese problema?

—¿Era imposible negarse? —preguntó Ivanov.

Persikov se puso lívido, cogió el papel y se lo enseñó a Ivanov. Este último lo leyó y sonrió con ironía.

—Y luego, fíjese... Esperé mi envío durante dos meses y aún no hay el menor rastro de él, mientras que ese tipo recibe al momento los huevos y consigue, en general, cualquier colaboración.

—No llegará a ningún sitio con eso, Vladimir Ipatievich. Y acabarán teniendo que devolverle las cámaras —auguró Ivanov, tranquilizador.

—Si por lo menos no tardaran demasiado... Están interrumpiendo mis experimentos —proseguía el científico con desánimo.

—Es cierto. Eso es lo peor de todo. Yo también lo tenía todo a punto.

—¿Llegaron los trajes aislantes?

—Sí, hoy.

Persikov se calmó un poco.

—Hum... Creo que lo haremos de la siguiente forma: cerraremos bien las puertas del cuarto de operaciones y, abriremos la ventana...

—Desde luego —agregó Ivanov.

—¿Tres «astronautas»?

—Sí, tres.

—Bien, eso le incluye a usted y a alguien más; quizá uno de los estudiantes. Le daremos el tercer casco.

—Tendremos que estar despiertos toda una noche —siguió Persikov—. Y, otra cosa, Piotr Stepanovich, ¿ha comprobado ya el gas? Nunca se sabe con éstos de la Buenos Químicos; han podido mandarnos cualquier porquería.

—No, no —dijo Ivanov moviendo las manos—. Hice un ensayo ayer. Debemos

reconocérselo, Vladimir Ipatievich; se trata de un gas excelente.

—¿Sobre qué lo probó? —inquirió todavía el profesor.

—Sobre sapos corrientes. Se les envía una pequeña ráfaga y mueren al instante. ¡Ah! Vladimir Ipatievich; también tenemos que hacer otra cosa. Escribir a la GPU y pedir que nos envíen un revólver eléctrico.

—Pero yo no sé cómo se maneja...

—Yo lo llevaré conmigo —contestó Ivanov—. Solíamos practicar en el Klvazma para divertirnos... Había un empleado de la GPU que vivía enfrente... Buena cosa. Extraordinaria, silenciosa y mata cabalmente a una distancia de cien pasos. Solíamos disparar mientras había grajos... Creo que ni siquiera vamos a necesitar el gas.

—Hum... Inteligente idea... Mucho. —Persikov se fue a un rincón de la habitación, descolgó el teléfono y graznó—: Dígame, ¿cómo ha dicho que se llama...? Lubyanka...

Los días eran insoportablemente calurosos. Se podía ver incluso el calor sobre los campos, de tan denso. Y las noches eran mágicas, llenas de misterio, verdes. Al claro de luna era posible leer el *Izvestia* sin dificultad, con excepción de la columna de ajedrez. Pero, naturalmente, nadie lee el *Izvestia* en semejantes noches... La criada, Dunia, se dirigió, paseando, hacia el soto que había detrás del sovjós. Y, casualmente, el mostachudo chófer del pequeño y desvencijado camión del sovjós se encontraba allí. Una lámpara alumbraba la cocina donde cenaban dos de los jardineros. Y la señora Porvenir, sentada en la balaustrada y luciendo un vestido blanco, soñaba mientras contemplaba la radiante luna.

A las diez de la noche, cuando se habían extinguido todos los ruidos del cercano pueblo de Kontsovka, resonaron en el idílico paisaje los delicados ecos de una flauta. Es imposible expresar lo apropiados que resultaban para la estampa que formaban las antiguas columnas del palacio de los Sheremetyev. La frágil Lisa del Pique Dame unió su voz en un dúo con el apasionado Polina de la flauta, y la melodía fue flotando hasta el empinado camino del claro de luna como un fantasma del antiguo régimen, pero tan estremecedoramente encantador que incluso lograba hacer saltar las lágrimas.

Los matorrales seguían en completo silencio, y Dunia, fatal como una ninfa tallada, escuchaba con la cara contra la masculina mejilla, rasposa y rojiza, del chofer.

—Toca bien, ese pillo —dijo este último mientras estrechaba con su viril brazo la cintura de la doncella.

El ejecutante era el mismo director del sovjós, Alexander Semionovich Porvenir, y, a decir verdad, tocaba extraordinariamente bien.

La música que flotaba sobre las hojas y los matorrales del parque se vio súbitamente acompañada de un ruido que alteró su melodía. Los perros de Kontsovka, que por lógica tenían que estar ya dormidos a esa hora, rompieron de pronto en un ensordecedor coro de ladridos que se convirtió, gradualmente, en un angustiado aullido general. Extendiéndose y creciendo resonó sobre los campos, y ahora era contestado por un chirriante concierto a mil voces por parte de las ranas de todas las charcas. Todo esto fue tan misterioso que por un momento pareció que la tranquila noche se había excitado repentinamente.

Alexander Semionovich dejó su flauta y saltó por encima la baranda.

—¡Manya! ¿Oyes? Esos malditos perros... ¿Qué crees que puede ser lo que los ha puesto tan frenéticos?

—¿Y cómo voy a saberlo? —contestó mientras alzaba la vista para mirar a la luna.

—Mira, Manechka, vamos a echar una mirada a los huevos —sugirió Alexander.

—Realmente, Alexander Semionovich, estás chalado por completo con tus huevos y tus pollos. ¡Descansa un poco!



—No, Manechka, vamos.

Una luz muy viva se encendió en el invernadero Dunia llegaba en aquel momento, con la cara sonrojada y los ojos brillantes. Alexander Semionovich levantó poco a poco los cristales de observación y todos se asomaron expectantes a las cámaras. En el suelo de amianto, los huevos, con manchas color rojo encendido, yacían en filas iguales; las cámaras estaban en silencio mientras la bombilla de 15 000 voltios silbaba mansamente sobre las cabezas de los presentes.

—¡Ah, qué cantidad de pollitos sacaré de aquí! —exclamó Semionovich con entusiasmo.

—Sabe usted, Alexander Semionovich —dijo Dunia, sonriendo—; los campesinos de Kontsovka dicen que usted es el Anticristo y que éstos son huevos diabólicos, y que, según comentan, es un pecado empollar huevos con máquinas. Hablaron de matarle.

Alexander Semionovich se sobresaltó y miró a su mujer. Se le había puesto la cara amarilla.

—Bueno, ¿qué te parece eso? ¡Nuestra gente! ¿Qué se puede hacer con gente así? Manechka, tendremos que convocarlos a un mitin... Mañana llamaré a algunos trabajadores del partido del distrito. Yo mismo me encargaré de dar una charla. Tenemos que intentar arreglar esto... Un número elevado de parroquianos...

—Mentes oscuras —dijo el guarda, sentado sobre su abrigo a la puerta del invernadero.

El día siguiente estuvo marcado por los más extraños e inexplicables sucesos. Por la mañana, cuando el sol brillaba sobre el horizonte, los bosques, que generalmente saludaban al día con el alto e incesante gorjear de los pájaros, se mantuvieron en absoluto silencio. Todos pudieron darse cuenta de ello. Era como si una tormenta estuviera a punto de estallar, aunque no había señales de que fuera a ocurrir tal cosa. Las conversaciones en el sovjós asumieron un tono ambiguo y poco usual, muy molesto para Alexander Semionovich, especialmente porque el viejo campesino de Kontsovka apodado Bocio de Cabra, conocido camorrista y sabelotodo, había hecho correr el rumor de que todos los pájaros se habían reunido en bandadas y habían marchado de Sheremetyev volando hacia el norte, lo cual era, simplemente, estúpido. Alexander Semionovich, apuradísimo, estuvo todo el día telefoneando al pueblo de Grachevka, de donde, finalmente, obtuvo la promesa de que le enviarían varios oradores al sovjós, en el espacio de un día o dos, para informar a los campesinos sobre dos asuntos: la situación internacional y la cuestión de la Compañía de Buenas Aves.

La tarde trajo consigo nuevas sorpresas. La mañana había sido testigo del silencio de los bosques, demostrando con la máxima claridad cuan funesta y opresiva puede ser para éstos la ausencia de sonido. Al mediodía todos los gorriones se habían ido de los patios del sovjós. Por la tarde el gran silencio se había extendido también a la balsa de Sheremetev. Esto último era verdaderamente asombroso, porque todo el mundo, en cuarenta verstas a la redonda, estaba familiarizado con el famoso croar de las ranas de la citada balsa. Pero ahora todas las ranas parecían haber muerto. Y debe admitirse que Alexander Semionovich había perdido la serenidad.

—Es realmente extraño —decía éste a su mujer durante la comida—. No puedo entender por qué se han ido todos esos pájaros.

—¿Y qué sé yo? —contestó Manya—. Quizá sea debido al rayo.

—Estás completamente loca Manya —dijo Alexander dejando caer su cuchara—. No eres mejor que esos campesinos. ¿Qué tiene que ver el rayo con todo esto?

—¿Cómo quieres que yo lo sepa? ¡Déjame sola!

Llegó la tercera sorpresa. Los perros de Kontsovka volvieron a aullar a la luna, y fue una actuación realmente salvaje. Los campos, iluminados por el satélite, vibraron con el incesante gemir, y con los angustiados e irritados lamentos.

Alexander Semionovich resultó, en cierta manera, sorprendido por un nuevo acontecimiento, esta vez agradable, que tuvo lugar precisamente en el invernadero: el sonido de unos continuos golpecitos llegaba de las cámaras donde se hallaban los huevos rojos. Primero de un huevo, y luego de otro, iba levantándose una cadena de toc-tocs que podía oírse desde el patio exterior. Aquel golpeteo de los huevos fue como una marcha triunfal para Alexander Semionovich, que se olvidó al momento del extraño fenómeno de los bosques y de la balsa. El sovjós se reunió en el

invernadero: Manya, Dunia el vigilante y el guarda, que dejó su rifle a la entrada.

—Bueno, ¿qué me dicen? —exclamó jubiloso el gerente de la granja.

Curiosos, todos aplicaron el oído a la puerta de la primera cámara.

—Son los pollitos que ya dan golpes con el pico —continuó Alexander Semionovich, radiante de felicidad—. ¿Quién dijo que yo no haría salir ni un pollo? —exclamó rebosante de emoción al tiempo que daba unas palmadas en el hombro al guarda—. Voy a conseguir una nidada tal que vais a necesitar prismáticos para abarcarla con la vista. Y ahora, estad atentos. En cuanto empiecen a salir me avisáis sin perder un minuto.

—No se preocupe —contestaron a coro el vigilante, Dunia y el guarda.

El toc... toc... toc... era ya continuo en la primera cámara. Y, verdaderamente, el cuadro de una nueva vida naciente ante ellos mismos era tan interesante que todo el grupo se quedaba sentado durante largo rato sobre los cuévanos vacíos, mirando los huevos color frambuesa que se abrían bajo la misteriosa luz vacilante y tenue. No se fueron a la cama hasta bien entrada la noche. El sovjós y los campos de los alrededores estaban inundados de luz verdosa. La noche era espectral; incluso podría decirse que siniestra, debido quizá a que su absoluto silencio era roto de vez en cuando por las intermitentes e inexplicables explosiones de aullidos provenientes de Kontsovka, aullidos lastimeros que partían el corazón. Resultaba imposible decir qué era lo que hacía comportarse así a aquellos condenados perros.

Por la mañana un nuevo revés esperaba a Alexander Semionovich. El desconcertado guarda se llevaba la mano al corazón y juraba, poniendo a Dios por testigo, que no se había dormido, a pesar de lo cual no había advertido nada.

—Es algo misterioso —insistió el guarda—. No se me puede echar la culpa, camarada Porvenir.

—Gracias, mi más sincero agradecimiento —exclamó Alexander Semionovich—. ¿Qué se ha creído, camarada? ¿Para qué le han puesto ahí? ¡Para vigilar! Ahora, dígame, ¿dónde se han metido? Salieron, ¿no? Eso quiere decir que se han escapado. Eso quiere decir que usted dejó la puerta abierta y se marchó. ¿O quizá pretenderá que los pollos están aún aquí o algo por el estilo?

—¡No he ido a ninguna parte! ¿Acaso no sé yo cuál es mi trabajo? —el guarda acabó por sentirse ofendido—. ¡Me está echando la culpa sin razón, camarada Porvenir!

—Pero ¿dónde se han ido? —explotó el gerente.

—¿Cómo voy a saberlo? —dijo por último el interpelado—. ¿Quién podría saberlo? Y, además, ¿cuál es mi trabajo? Vigilar que nadie robe las cámaras, y eso es lo que hago. Aquí están sus cámaras. ¿Quién sabe qué clase de pollos sacará de aquí? ¡Quizá no se les pueda atrapar ni siquiera persiguiéndolos en bicicleta!

Alexander Semionovich se quedó un poco desconcertado; rezongó un poco más y cayó en un estado de completa perplejidad. Se trataba, verdaderamente, de un asunto extraño. En la primera cámara, que había sido cargada antes que las demás, los dos

huevos colocados más cerca de la base del rayo estaban rotos. Uno de ellos incluso había rodado un poco, y algunos trozos yacían dispersos en el suelo de amianto que el rayo iluminaba.

—¡Maldita sea! —dijo Alexander Semionovich— ¡Las ventanas están cerradas y no pueden haber volado a través de la techumbre!

—¡Qué idea, Alexander Semionovich! —gritó Dunia con incredulidad—. ¿Quién ha visto nunca que los pollitos vuelen? Tienen que estar por aquí, en alguna parte... Titas... titas... titas... —empezó a decir, buscando por los rincones Henos de polvorientos tiestos, tableros y otros desechos.

Pero no encontró pollito alguno. Y aunque todo el personal corrió por los patios del sovjós durante dos largas horas buscando a los picaros pollitos, nadie encontró nada.

El día pasó con una agitación extrema. La guardia fue doblada por la adición del vigilante, que había recibido órdenes estrictas de mirar por las ventanas de las cámaras cada quince minutos y llamar a Alexander Semionovich en cuanto notara algo raro. El guarda estaba sentado junto a la puerta, enfurruñado y con el rifle entre las rodillas. El mismo Alexander Semionovich se agotó corriendo de acá para allá y no comió hasta casi las tres de la tarde. Después de comer durmió una hora a la sombra fresca del viejo otomán del príncipe Sheremetyev, bebió un poco de sidra fabricada en el mismo sovjós y se convenció de que todo estaba ya en perfecto orden. El viejo vigilante permanecía arrellanado sobre un trozo de arpillera y miraba, parpadeando, por la ventana de observación de la primera cámara. El guarda estaba alerta en la puerta.

Pero nuevamente se presentó una extraña circunstancia: los huevos de la tercera cámara, la última que había sido dispuesta para el «empolle», empezaron a emitir extraños ruidos parecidos a gorgoteos reprimidos y pequeños cloqueos, dando la impresión de que alguien estaba sollozando en su interior.

—¡Oh, oh! Están madurando —dijo Alexander Semionovich, disponiéndose a salir—. ¿Ha visto? —le preguntó al vigilante.

—Es una maravilla, desde luego —dijo este último en un tono completamente ambiguo, al tiempo que movía la cabeza.

El gerente estuvo en cuclillas durante un rato junto a las cámaras, pero ni un solo huevo se abrió. Se levantó, se estiró, y declaró que ese día no saldría de la finca; tan sólo iría a la balsa para nadar un poco, y, si algo pasaba, tenían orden de avisarle al momento. Subió corriendo al dormitorio de la mansión; éste estaba amueblado con dos camas estrechas, con colchón de muelles, y cubiertas con arrugadas sábanas de lino. El suelo se hallaba lleno de manzanas verdes y de mijo, este último almacenado allí con vistas a las inmediatas nidadas. Cogiendo una toalla playera y, tras un momento de reflexión, su flauta, que se proponía tocar placenteramente sobre las mansas aguas de la balsa, Porvenir salió aprisa del edificio, cruzó el patio del sovjós y caminó por la avenida de sauces en dirección al estanque.

A su derecha se extendía un soto de bardas que golpeó suavemente al pasar, lo que al parecer motivó que se oyera un crujido en la maraña de anchas hojas flotantes; un ruido similar al que produciría alguien que arrastrara un pesado leño. Con un ligero escalofrío, Alexander Semionovich volvió la cabeza hacia el soto de malas hierbas y se puso a observarlo con extrañeza. La balsa hacía dos días que se mantenía en el más absoluto silencio. El susurro se detuvo. La lisa superficie del agua y el tejado gris de la caseta de baño brillaban tentadores más allá de las bardas; iba ya a dirigirse hacia las planchas de madera que llevaban hacia el agua cuando empezó de nuevo el ruido en el matorral, esta vez acompañado de un corto silbido parecido al que emiten las locomotoras al soltar vapor. Alexander Semionovich dio entonces un respingo y metió la cabeza por la gruesa muralla de las bardas.

—¡Alexander Semionovich! —llamó la voz de su mujer al tiempo que su blanca blusa aparecía y desaparecía en el campo de frambuesas—. ¡Espera, voy a nadar contigo!

La mujer se encaminaba de prisa hacia el estanque, pero Alexander Semionovich no le contestó, pues tenía toda su atención fija en los matorrales. Un tronco verdegrisáceo empezó entonces a salir de la barda, creciendo por momentos ante él. El tronco, según le pareció al gerente del sovjós, estaba salpicado de húmedas; manchas amarillentas. El caso es que empezó a ondularse y a oscilar, y llegó tan alto que pasó de sobras al pequeño y achaparrado sauce. Luego la cima del tronco pareció romperse y doblarse en ángulo. Y Alexander Semionovich se vio en presencia de algo que recordaba, por la altura y la forma, a un poste eléctrico de los de Moscú. Pero ese algo era tres veces más ancho que un poste y mucho más bonito, a causa, sin duda, de su rasposo tatuaje.

Sin entender nada, pero sintiendo que un rotundo escalofrío le invadía, Alexander Semionovich miró a lo alto del terrorífico poste y su corazón se aceleró notablemente. Le pareció que una fuerte helada había caído de pronto sobre aquel día de agosto, y su vista se oscureció como si estuviera mirando al sol a través de un grueso paño.

Al final del poste había una cabeza. Era plana, puntiaguda, y estaba adornada con una mancha redonda de color amarillo sobre el fondo verde oliva. Un par de ojos sin párpados, estrechos y fríos, brillaban muy abiertos con malicia absolutamente inaudita. La cabeza hizo un rápido movimiento hacia adelante, como para morder el aire; luego, el poste volvió a descender hacia las bardas y sólo quedaron los ojos que miraban sin parpadear a Alexander Semionovich. Este último, cubierto de pegajoso sudor, dejó escapar cuatro palabras absurdas por completo y causadas tan sólo por su terrible pavor (y, sin embargo, ¡qué hermosos eran aquellos ojos!).

—¿Qué clase de broma...?

Luego recordó que los faquires... sí... si... la India... un cesto y una flauta... encantan a...

La cabeza emergió de nuevo y el cuerno empezó a surgir tras ella. El gerente se

llevó la flauta a los labios, hizo un ruido sordo y chirriante, y, parándose a cada instante para coger aliento, empezó a tocar el vals de Eugenio Oneguín. En el matorral, los ojos empezaron a arder inmediatamente de odio implacable hacia aquel sonido.

—Has perdido la cabeza, ¿tocando con este calor? —exclamó la alborozada Manya. A Alexander Semionovich se le cortó la respiración.

Acto seguido, un grito terrible rasgó el aire del sovjós y se elevó por el cielo mientras que el vals proseguía renqueando. La cabeza se había disparado hacia adelante y sus ojos apartados de Alexander Semionovich. Una serpiente, larga como de quince yardas y del grueso de un hombre, saltó del soto como un muelle de acero, y una nube de polvo, procedente del camino, cubrió a Porvenir. La serpiente pasó, como una flecha junto al gerente en dirección recta a la blusa blanca. Porvenir vio a Manya ponerse lívida al tiempo que sus largos cabellos se estiraban sobre su cabeza como si fueran de alambre. Ante sus ojos, la serpiente abrió por un momento las fauces y algo parecido a una horquilla chasqueó fuera; luego, asió a Manya, que se estaba desplomando sobre el camino, por los hombros y la levantó del suelo cosa de un metro. Manya repitió su desgarrador grito de muerte. La serpiente se enrolló alrededor de la mujer como un enorme sacacorchos mientras que su cola levantaba una tormenta de polvo y empezó a oprimir a Manya, quien no profirió más ruidos. Porvenir sólo oyó cómo crujían sus huesos.

La cabeza de Manya voló a considerable altura, apretada contra la mejilla de la serpiente. De su boca brotó sangre y pequeñas fuentecillas se abrieron paso por debajo de sus uñas. Luego, con peligro de dislocarse las mandíbulas, la serpiente abrió su enorme boca, puso rápidamente su cabeza frente a la de Manya y empezó a engullir el cadáver de la infortunada mujer. El aliento de la serpiente se dejó sentir y escaldó la cara de Porvenir: y su cola casi lo levantó del camino junto con una nube de polvo áspero y picante. Fue entonces cuando Alexander Semionovich encaneció. Primero la parte izquierda, y luego la derecha de su cabeza, negras hasta entonces como la pez, fueron poniéndose plateadas.

En medio de una terrible náusea salió finalmente del camino y, sin ver ni oír nada más, bramando como una bestia salvaje, se entregó a una precipitada fuga.

Shchukin, el agente de la Administración Política del Estado en la estación de Dugino, era un hombre valiente. Tras reflexionar con calma dijo a su asistente, el pelirrojo Politis:

—Bueno, está bien; creo que vamos a ir, ¿eh? Saque la motocicleta.

Después de un breve silencio añadió, volviéndose al hombre que estaba sentado en el banco:

—Déjenos ver la flauta.

Pero aquel tembloroso hombre de pelo gris que había entrado en la oficina de la GPU de Dugino no les entregó su flauta, sino que prorrumpió en un acceso de llanto y gemidos inarticulados. Shchukin y Politis se dieron cuenta de que tendrían que

arrancarle la flauta de las manos. Los dedos del hombre parecían haberse helado y tenerla aprisionada con saña. Shchukin, individuo de enorme talla, que incluso podría haberse dedicado a «hombre fuerte» de circo, empezó a estirarle los dedos, uno a uno. Luego, puso la flauta sobre la mesa.

Todo esto tenía lugar en la mañana que siguió a la muerte de Manya.

—Usted vendrá con nosotros —dijo Shchukin a Alexander Semionovich—. Nos enseñará el camino.

Pero Porvenir levantó las manos y se cubrió la cara, horrorizado, como para hacer desaparecer una espantosa visión.

—Tendrá que enseñárnoslo —añadió Politis con firmeza.

—No; dejémosle solo —decidió el otro—. No se encuentra bien.

—¡Envíenme a Moscú! —suplicó Alexander Semionovich entre sollozos.

—¿Ya no quiere volver al sovjós?

En vez de responder, Porvenir se cubrió de nuevo la cara y el horror invadió sus pupilas.

—Está bien —repuso Shchukin—. Veo que realmente no está en condiciones de volver. El expreso pasa por aquí dentro de poco. Puede cogerlo.

Más tarde, mientras que el jefe de estación trataba de reanimar a Alexander con un poco de agua y éste mordía el borde de la taza azul haciendo rechinar los dientes, Shchukin y Politis mantuvieron una corta charla. Politis era de la opinión de que en realidad, no había pasado nada y de que Porvenir era simplemente un hombre trastornado que había tenido una terrorífica alucinación. Shchukin, en cambio, tendía a pensar que una gran boa se había escapado del circo recién llegado a Grachevka. Al oír sus escépticos murmullos, Alexander Semionovich se levantó del banco y, tras recobrase un poco, abrió los brazos a la manera de los profetas bíblicos y exclamó:

—¡Escúchenme! ¡Escuchen! ¿Por qué no me creen? ¡Allí estaba! Y si no, ¿dónde se encuentra mi mujer?

Shchukin calló y se puso serio, e inmediatamente envió un telegrama a Grachevka. Ordenó a un tercer agente que acompañara a Moscú a Alexander Semionovich sin dejarle solo ni un momento. Mientras tanto, él y Politis se prepararían para la marcha. Sólo disponían de un revólver eléctrico, pero eso sería, sin duda, suficiente. El modelo era de 1927; cincuenta disparos, orgullo de la técnica francesa y diseñado para ser usado a corta distancia, no alcanzaba a más de cien pasos pero cubría un campo de dos metros de ancho y mataba cualquier cosa que se hallase dentro de ese terreno. Era difícil fallar con aquello. Shchukin se metió en la cartuchera el brillante juguete eléctrico y Politis se armó de una ametralladora ordinaria de las de veinticinco disparos, así como de varias fajas de cartuchos. Hecho esto, montaron en la motocicleta y se dirigieron hacia el sovjós. La motocicleta cubrió las veinte verstas que había entre la estación y la granja en el breve tiempo de quince minutos (Porvenir había caminado durante toda la noche, agachándose de vez en cuando entre los arbustos de la cuneta víctima de paroxismos de pánico mortal).

El sol empezaba a hacerse insoportable cuando la mansión de color blanco destelló entre el verdor de la colina que dominaba los meandros del río Top. Un silencio mortal reinaba en la escena. La moto cruzó como un rayo el puente y Politis tocó el claxon para que alguien saliera. Pero nadie respondió, si exceptuamos a los frenéticos perros de Kontsovka. Dejándose ir, la motocicleta llegó a las puertas guardadas por varios leones de bronce, verdosas por el tiempo y el abandono. Los agentes, polvorientos, se apearon, haciendo bailar sus polainas amarillas. Amarraron con cadena y candado la moto contra la misma puerta de hierro y entraron en el patio. El silencio absoluto les sorprendió.

—Hola, ¿no hay nadie aquí? —llamó Shchukin en voz alta.

Al no responder nadie, los agentes dieron la vuelta al patio con creciente asombro. Politis arrugó el ceño. En cuanto a Shchukin, empezó a ponerse más y más serio frunciendo sus pobladas cejas. Miraron por la ventana de la cocina y vieron que se hallaba vacía, pero todo el suelo estaba lleno de pedacitos de porcelana blanca.

—Aquí ha tenido que pasar algo de veras. Ahora estoy seguro. Alguna catástrofe —dijo Politis.

—¡Maldita sea! —gruñó Shchukin—. ¡No ha podido tragárselos a todos a la vez! A no ser que se hayan ido. Vamos adentro.

La puerta de la mansión estaba abierta de par en par y el interior se hallaba completamente desierto. Los agentes subieron hasta el entresuelo llamando por todas partes y abriendo todas las puertas. Pero, al no descubrir nada en absoluto, volvieron al patio por el pórtico vacío.

—Vamos a la parte de atrás. Miraremos en el invernadero —planeó Shchukin—. Buscaremos allí y luego llamaremos por teléfono.

Los agentes se encaminaron hacia el patio posterior por entre los macizos de flores que había a los lados de un pavimentado pasillo, y, al llegar, vieron las brillantes ventanas del invernadero.

—Espera un momento —susurró Shchukin, sacando el revólver. Politis, expectante y tenso, quitó el seguro a su ametralladora.

Un extraño ruido llegó del invernadero y más concretamente de su parte trasera. Era como el silbido de una locomotora. Zau... zau... zau... s-ss..., silbaba.

—Vigila con cuidado —dijo Shchukin.

Y, esforzándose en andar sin hacer ruido, los agentes llegaron de puntillas hasta las ventanas y miraron al interior del jardín abierto.

Politis dio instantáneamente un salto hacia atrás y su cara adquirió un tinte palidísimo. Shchukin abrió la boca y se quedó atónito, con el revólver en la mano.

Todo el invernadero bullía como un puñado de gusanos. Enrollándose y desenrollándose, silbando y estirándose, deslizándose y moviendo la *cabeza* como si se tratara de un péndulo, enormes serpientes se arrastraban por el suelo del invernadero donde las cáscaras de huevos, rotas y esparcidas por el piso, crujían bajo su peso. En el techo había encendida una bombilla de gran potencia que bañaba el



interior del local con extraño brillo. En el suelo yacían tres cajas negras parecidas a enormes cámaras fotográficas. Dos de ellas, que estaban inclinadas, eran oscuras; en la tercera resplandecía una pequeña pero fuerte luz escarlata.

Serpientes de todos los tamaños reptaban siguiendo la dirección de los cables eléctricos y se abrían paso a través de las aberturas del tejado. De la misma bombilla llegó a colgarse una serpiente negra de varios metros de longitud, con la cabeza oscilando como un péndulo de reloj frente a la misma luz. El silbido era acompañado por curiosos cascabeleos y chasquidos, y el invernadero difundía un apestoso y singular olor parecido al hedor del agua estancada. Los agentes también vieron montones de huevos dispuestos en los polvorientos rincones, un exótico pájaro gigante que yacía inmóvil junto a las cajas y el cadáver de un hombre con un rifle, próximo a la puerta.

—¡Atrás! —gritó Shchukin, y empezó a retroceder tirando de Politis con la mano izquierda y levantando el revólver con la derecha. Alcanzó a disparar nueve veces con el arma, que silbaba y lanzaba relámpagos verdosos.

Los ruidos del interior crecieron violentamente en respuesta al fuego de Shchukin: todo el ámbito hervía con frenético nerviosismo, y planas cabezas, rápidas como dardos, surgían de cada abertura. Por el sovjós resonó una larga serie de detonaciones y sobre los muros se reflejó el fulgor de los rayos que lanzaba la pistola eléctrica. Politis, siempre retrocediendo, disparó por fin su ametralladora. De pronto, oyó un extraño y pesado andar de cuadrúpedo a su espalda y, con un horrible grito, cayó al suelo. Una criatura verde pardusca parecida a un lagarto de gran talla, de patas aplanadas y torcidas hacia afuera, con un hocico enorme y puntiagudo y el espinazo sobresaliendo por toda la cola, se había aproximado desde la cochera y mordió con saña el pie del agente haciéndole caer.

—¡Socorro! —gritó Politis antes de que su mano izquierda desapareciera en la boca del animal.

Tratando en vano de levantar la derecha, arrastró su arma por el suelo. Shchukin se volvió y empezó a moverse, presa del nerviosismo, sin ver qué podría hacer. Disparó una vez, pero erró a propósito por miedo a herir a su compañero. Su siguiente disparo fue en dirección al invernadero, porque la cabeza de una enorme serpiente verdosa había surgido de entre las menores y se precipitaba hacia él. El disparo acabó con ella, y de nuevo, saltando y dando vueltas alrededor de Politis, medio muerto ya entre las fauces del enorme cocodrilo.

Shchukin intentó afinar la puntería para matar a la horrible bestia sin tocar a su compañero.

Finalmente lo consiguió. El revólver eléctrico abrió fuego dos veces lanzando su verde luz sobre el animal, que dio un salto, se estiró, quedó tieso y soltó a Politis. Pero ya la sangre salía por la boca y la mansa vacía del agente, que, apoyándose en su brazo derecho, trataba de arrastrar lo que quedaba de su pierna izquierda. Sus ojos se apagaban por momentos.

—Corre... Shchukin... —sollozó.

Shchukin hizo fuego varias veces en dirección al invernadero, rompiendo los cristales de varias ventanas. Y entonces, un enorme resorte, verde y sinuoso, saltó de una oquedad que se abría a su espalda, reptó por el patio, ocupándolo con su tremenda longitud, y, en un instante, se enrolló en las piernas de Shchukin. Este cayó al suelo y el brillante revólver fue a parar lejos de su alcance. Shchukin dio un terrible grito y abrió desmesuradamente la boca para coger aire antes de que los anillos le cubrieran totalmente, dejando sólo libre la cabeza. Uno de los círculos se deslizó sobre el cráneo, desgarrando el cuero cabelludo con su increíble potencia, y la cabeza crujió.

No se oyeron más tiros en el sovjós. Todo quedó anegado en el constante silbido. Como respuesta, el viento trajo de la lejanía los aullidos de Kontsovka. Pero se había hecho imposible distinguir si el aullido era de perros o de hombres.

La oficina del periódico *Izvestia* estaba potentemente alumbrada y el grueso redactor jefe se dedicaba a ordenar la segunda página, que contenía despachos de la «Unión de Repúblicas». Uno de los informes atrajo su atención, así que lo miró a través de sus anteojos de nariz y rompió a reír.

A continuación llamó a los correctores y a los de la compaginación y les enseñó una de las pruebas tipográficas. La fina lámina de papel humedecido llevaba las siguientes palabras:

«*Grachevka, provincia de Smotensko*. Una gallina del tamaño de un caballo y que coceaba con la fuerza de un semental ha sido vista en el distrito. En vez de cola tiene un manojo de plumas de adorno como los de las damas burguesas».

Los correctores se rieron de buena gana.

—En mis tiempos —dijo el editor entre francas risotadas— cuando trabajaba para el *Ruscove Novo* de Vania Sitin, algunos se emborrachaban hasta el punto de creer ver elefantes. Y los veían. Pero ahora parece que lo que ven son avestruces.

Los correctores volvieron a reír.

—Es verdad; debe ser un avestruz —dijo el compaginador—. ¿Vamos a sacarlo, Iván Vonifatievich?

—¿Habéis perdido el juicio? —preguntó el redactor—. Me pregunto cómo el secretario lo ha dejado pasar. Está bien claro que este mensaje lo ha enviado un borracho.

—Debió coger una buena cogorza —expresaron los de la compaginación, y uno de ellos retiró de la mesa la noticia de la gran gallina.

Por consiguiente, el *Izvestia* apareció al día siguiente con su contenido usual de interesantes noticias, pero ni una palabra sobre el avestruz de Grachevka.

El profesor asistente Ivanov, que leía *Izvestia* regularmente y a fondo, dobló en su despacho el periódico, bostezó, comentó «nada de interés» y empezó a ponerse su bata blanca. Un poco más tarde los quemadores crepitaban en calma en su habitación, y las ranas comenzaban a croar. Pero en la oficina del profesor Persikov reinaba una notable agitación.

El asustado Pankrat estaba atento, con los brazos caídos como de costumbre.

—Entiendo... Sí, señor —asentía.

Persikov le tendió un sobre sellado con cera y dijo:

—Va a ir directamente al Departamento de Crianza de Ganado y le dice a ese chalado de director Fowlin-Hamsky que es un completo cochino. Hágale saber que lo he dicho yo, el profesor Persikov. Y déle este sobre.

Persikov se enfurecía por momentos.

—¡Malditos sean! ¡Ni siquiera saben lo que tienen entre manos! —se quejaba paseándose por el cuarto mientras se retorció las manos enguantadas—. ¡Es ultrajante! ¡Una burla que me infieren a mí y a la zoología! Envían montones de esos

condenados huevos de pollo durante meses, pero de lo que yo había cedido, ¡nada! ¡Como si estuviéramos tan lejos de América...! Eterna confusión, eterno sinsentido... —y empezó a contar con los dedos—: Veamos, diez días, todo lo más, para reunirlos... o, bueno, quince, ¡incluso veinte! Luego, dos días para el viaje en avión; un día de Londres a Berlín... Seis horas de Berlín a Moscú... ¡Increíbles chapuceros!

Agarró con furia el teléfono y se puso a llamar a alguien. Su oficina estaba lista para un misteriosísimo y altamente peligroso experimento. Sobre la mesa se veían hojas de papel preparadas para sellar las puertas, cascos de buzo con tubos para el aire y varios cilindros brillantes con la etiqueta de «Compañía de Buenos Químicos», «No tocar», y adhesivos de la calavera y las tibias cruzadas.

El profesor necesitó más de dos horas para calmarse y poderse ocupar de asuntos de menor importancia. Estuvo trabajando en el Instituto hasta pasadas las once de la noche, y por consiguiente no se enteró de nada de lo que acontecía al otro lado de las paredes color crema. Ni el absurdo rumor sobre extrañas serpientes que se estaban acercando a Moscú, ni el despacho de los periódicos de la tarde, anunciado a voz en cuello por los vendedores, habían alcanzado al sabio; el profesor asistente Ivanov estaba en el Teatro del Arte contemplando *El zar Fiador Ioanovich*, y no había nadie más susceptible de poderle llevar la noticia a Persikov.

Sobre la medianoche Persikov volvió a casa por la Prechistenka, y al llegar se acostó. Durmió bien. Moscú, vivo y hormigueante hasta muy entrada la noche, también dormía. Sólo permanecía en vela el enorme edificio gris de la Tverskaya que se estremecía por el bramar y zumbar de las máquinas de prensa del *Izvestia*. La oficina del redactor jefe parecía un pandemónium. Iván Vonifatievich, furioso y con los ojos rojos, se movía nerviosamente de un lado a otro sin saber qué hacer y mandando a todo el mundo al diablo. El compaginador, despidiendo olor a vino, le seguía, diciendo:

—Pero bueno, no es tan terrible; siempre podemos publicar mañana un suplemento extra. Después de todo, ya no podemos sacar de prensa la edición...

Los de la compaginación y confección no se fueron a casa, sino que pululaban en bandadas y se reunían para leer los telegramas que llegaban cada quince minutos, cada uno más fantástico y terrorífico que el anterior. El puntiagudo sombrero de Alfred Bronsky apareció como un rayo cortando la luz rosada de la imprenta, y el grueso capitán Stepanov rechinaba y cojeaba nervioso. Las puertas de entrada se abrían continuamente, y, durante toda la noche, llegaron corriendo reporteros de todas partes. Los doce teléfonos de la habitación de prensa estaban ocupados; la central contestaba ya casi automáticamente «comunica» a cada nueva llamada, y los timbres sonaban y sonaban ante las despiertas telefonistas.

Los confeccionistas se reunieron en torno al gordo. Stepanov, y el antiguo capitán de navío les decía:

—Tendrán que enviar aviones lanza gases.

—Seguro —contestaban a coro los confeccionistas—. Dios sabe qué estará

pasando allí.

Impublicables juramentos cruzaban el aire, y una fina voz exclamó:

—¡A ese Persikov habría que pegarle un tiro!

—¿Qué tiene que ver Persikov con esto? —preguntó alguien entre la multitud—. ¡El culpable es ese hijo de perra del sovjós!

—¡Tendrían que haber puesto un guarda! —gritó otro.

—¡Pero si quizá no tiene nada que ver con los huevos!

El edificio temblaba y zumbaba a causa de las rotativas. El feo inmueble parecía despedir un extraño fluido eléctrico que el despuntar del día no disipó. Al contrario, lo que hizo fue intensificarlo, aunque las luces ya habían sido apagadas.

Una tras otra rodaban las motocicletas sobre el suelo de asfalto, alternándose con coches de vez en cuando. Todo Moscú se había despertado y los diarios se desparramaron sobre él como pájaros. Las hojas iban de mano en mano y, hacia las once de la mañana, los repartidores estaban sin ejemplares a pesar de que el *Izvestia* alcanzó aquel mes una tirada de un millón y medio de ejemplares.

El profesor Persikov cogió el autobús en la Prechistenka para ir al Instituto. Allí le esmeraba una sorpresa: había tres cajas de madera en el vestíbulo, pulcramente forradas con láminas de metal y cubiertas con etiquetas escritas en alemán. Sobre las etiquetas había una sola línea en ruso, que rezaba: «Cuidado: Huevos». El profesor estaba abrumado por la alegría.

—¡Por fin! —gritó—. ¡Pankrat, abra inmediatamente las cajas, pero tenga cuidado no vaya a romper los huevos! ¡Tráigalos a mi oficina!

Pankrat llevó a cabo la orden inmediatamente y quince minutos después la voz del profesor se alzaba con rabia en la oficina, que estaba cubierta de aserrín y de trozos de papel:

—¡Maldita sea! ¿Están jugando conmigo? —gritó el profesor con los huevos entre las manos, que movía furioso—. ¡Ese Fowlin-Hamsky es una bestia inmundada, pero no voy a consentir que me vuelva loco! ¿Qué es esto, Pankrat?

—Huevos, señor —contestó Pankrat, lúgubrementemente.

—¡Huevos de gallina! ¿Comprende? ¡De gallina! ¡El diablo se los lleve! ¡No me sirven para maldita la cosa! ¿Por qué no se los envían a ese bribón del sovjós?

Persikov corrió al teléfono del rincón, pero, antes de que hubiera tenido tiempo de marcar, la voz de Ivanov le llegó desde el pasillo:

—Vladimir Ipatievich. ¡Profesor Persikov!

Persikov se apartó del teléfono como una tromba, y Pankrat hubo de ladearse de un salto para dejarle paso libre. El profesor asistente corría a la habitación sin, como siempre había sido su educada costumbre, quitarse el sombrero que ahora llevaba inclinado hacia atrás sobre el cogote. Llevaba un periódico en la mano.

—¿Se ha enterado, Vladimir Ipatievich? —gritaba, moviendo ante los ojos de Persikov una hoja encabezada con las palabras suplemento extra y embellecida con una foto a todo color.

—No, pero escuche lo que han hecho —exclamó Persikov a su vez y sin querer atender—. Han decidido sorprenderme con más huevos de gallina. ¡Ese Fowlin-Hamsky es un completo idiota! ¡Eche una mirada!

Ivanov estaba totalmente confundido. Miró con horror los abiertos cajones, luego el periódico, y sus ojos estuvieron a punto de salirse de las órbitas.

—¡Eso ha sido! —musitó sofocado—. Ahora lo entiendo... No, Vladimir Ipatievich, lea usted esto —abrió rápidamente el periódico y señaló una de las fotos con dedo tembloroso.

Se trataba de una enorme serpiente enrollada como una terrorífica manguera sobre un humeante fondo. El cauto fotógrafo la había tomado desde arriba, desde un aeroplano que había descendido en picada sobre la serpiente.

—¿Qué diría usted que es esto, profesor?

Persikov se llevó las gafas a la frente, luego volvió a bajarlas, miró la foto y dijo con gran asombro.

—¡Demonios! Es... vaya, es una anaconda, una boa de río.

Ivanov tiró el sombrero, se sentó pesadamente y dijo, puntuando cada palabra con un puñetazo sobre la mesa:

—¡Vladimir Ipatievich esa anaconda procede de la provincia de Smolensko! ¡Y es monstruosa! ¿Se da cuenta? ¡Ese bribón ha empollado serpientes en vez de pollos y se han multiplicado tan fenomenalmente como las ranas!

—¿Qué? —gritó Persikov con el rostro lívido—. ¡Está de broma, Piotr Stepanovich...! ¿De dónde han salido?

Ivanov se quedó sin habla durante un momento; luego recobró la voz y, señalando con el dedo una caja abierta donde los extremos de los huevos brillaban blancos entre el aserrín, dijo:

—De ahí.

—¿Queeee? —aulló Persikov empezando a comprender.

Ivanov, moviendo sus cerrados puños de arriba abajo, dijo:

—Puede estar seguro. Enviaron su pedido de serpientes y avestruces al sovjós, y a usted le han mandado los huevos de gallina.

—¡Cielo santo..., cielo santo! —gimió Persikov al tiempo que se ponía rojo y se hundía en su silla giratoria.

Pankrat permanecía en la puerta, completamente aturdido, pálido y sin habla. Ivanov dio un salto, cogió el periódico y, subrayando una línea con su larga uña puntiaguda, dijo al oído del profesor:

—Ahora van a tener que solventar un bonito negocio. No puedo en absoluto imaginarme qué va a pasar después. Mire, Vladimir Ipatievich —y se puso a leer a voz en cuello el primer párrafo de la arrugada hoja que cayó bajo sus ojos—: «Las serpientes viajan en hordas hacia Mozhaisk dejando enormes cantidades de huevos a su paso. En el distrito de Dukhovsk se encontraron huevos... Cocodrilos y avestruces corren por la campiña. Unidades especiales de tropa contuvieron el pánico en Vyazma

tras rodear el bosque con una barrera de fuego que impedía a los reptiles aproximarse al pueblo...».

Persikov, al llegar a este punto, se levantó de la silla con ojos de loco y empezó a gritar, jadeante y sofocado:

—Anacondas..., anacondas..., boas de río... ¡Señor!

Ni Ivanov ni Pankrat le habían visto nunca en semejante estado. Se quitó la corbata, se arrancó los botones de la camisa, se puso de un púrpura lívido, como el de un hombre con..., con un ataque de apoplejía, y vacilando, con los ojos muy abiertos y vidriosos, salió afuera. Sus gritos reverberaron bajo las arcadas de piedra del Instituto:

—Anacondas..., anacondas... —retumbaba el eco.

—¡Coja al profesor! —gritó Ivanov a Pankrat, al que no llegaba la camisa al cuerpo—. Tráigale un vaso de agua... ¡Le ha dado un ataque!

Moscú resplandecía aquella noche. Nadie dormía en la ciudad, que tenía una población de cuatro millones de habitantes, salvo los bebés, que no estaban al corriente de nada. En todas las casas, gente enloquecida comía y bebía, entregada al desenfreno, todo lo que encontraba a mano; por todas partes se oían gritos y a cada minuto caras descompuestas aparecían por las ventanas de los apartamentos, mirando al cielo que surcaban los focos.

El espacio zumbaba a causa de los aeroplanos que volaban bajo. La calle Tverskava-Yamskava era la peor de todas. Cada diez minutos llegaban trenes a la estación Alexander. Estaban compuestos por vagones de carga y de pasajeros de las tres clases, e incluso de tanquetas, todos ellos llenos de personas histéricas de miedo, que luego corrían por la Tverskaya-Yamskaya alocadamente. La gente iba en autobuses, sobre los techos de los troles, se empujaban unos a otros y caían bajo las ruedas de los vehículos.

En la estación, de vez en cuando, sonaban rápidos disparos al aire sobre las cabezas de la multitud. Las unidades de tropa intentaban detener el pánico de los fanáticos que corrían por los carriles del tren que iba desde la provincia de Smolensko hasta Moscú. A veces, las ventanas de la estación saltaban hechas añicos con un ruido agudo que se extinguía al momento, y las locomotoras aullaban sin cesar.

Las calles estaban cubiertas de carteles pisoteados en los que nadie se fijaba. Lo que decían ya era sabido por todo el mundo, y nadie se tomaba el trabajo de leerlos. Proclamaban el estado de emergencia en Moscú, y, a la vez, amenazaban con sanciones a los que se dejaran llevar por el pánico e informaban de que unidades del Ejército Rojo, armadas con gases, se dirigían en masa hacia la provincia de Smolensko. Pero los carteles eran, naturalmente, incapaces de contener el tropel de gente despavorida.

Todas las estaciones que llevaban al norte y al este fueron acordonadas por una gruesa línea de infantería. Grandes camiones fueron cargados hasta los topes con cajas, ocupándose de esto soldados de puntiagudos cascos y armados con bayonetas que se erizaban en todas direcciones. Estaban acarreando las reservas de oro de los sótanos del Comisariado de Finanzas del Pueblo, así como enormes cajones marcados con: «Cuidado: Galería de Arte Tretyakov». Sobre todo Moscú bramaban en precipitada carrera montones de automóviles.

En el lejano horizonte, el cielo se encendía con el resplandor de distantes hogueras, y la densa oscuridad de agosto se estremeció por el bronco tronar de los cañones.

Hacia la madrugada, una masiva columna de caballería se abría paso por el despierto Moscú, en el que aún no había sido apagada una sola luz. La hormigueante y ensordecedora muchedumbre pareció recobrase a la vista de las apretadas filas que



marchaban hacia delante, implacables, por entre el hirviente océano de locura. Las masas de las aceras empezaron a clamar con renovada esperanza.

—¡Viva la caballería! —gritaban frenéticas voces femeninas.

—¡Hurra! —añadían los hombres.

Paquetes de cigarrillos, monedas de plata y relojes de pulsera empezaron a volar sobre las filas, provenientes de las aceras. Ocasionalmente, las voces de los jefes de pelotón se elevaban sobre el incesante repicar de los cascos:

—¡Tened las riendas!

Una alegre y atolondrada canción se elevó de alguna parte, y las caras, bajo las vistosas capuchas escarlata, aparecían sonrientes a la movediza luz de los anuncios. De vez en cuando, alternándose con la columna de jinetes encapuchados, pasaban figuras que cabalgaban con cascos extrañamente coronados, con tubos echados sobre los hombros y cilindros atados con correas a la espalda. Tras ellos rodaban enormes camiones cisterna con las más largas mangueras, parecidas a lanzagranadas, y pesados tanques oruga que hacían crujir el pavimento, cerrados herméticamente y dejando escapar tan sólo una raya de luz por sus troneras.

Luego llegaron nuevas columnas montadas y, tras ellas, más vehículos con sólidos blindajes grises y tubos parecidos a los de los cascos saliéndoles hacia afuera y con calaveras blancas pintadas a los lados sobre las palabras «Gas» y «Buenos Químicos».

—¡Salvadnos, hermanos! —gritaba la gente desde la acera—. ¡Acabad con las serpientes...! ¡Salvad Moscú!

Una suave canción que amansaba y llegaba al corazón empezó a extenderse por las filas:

*Ni élites, ni reyes, ni lacayos.  
Acabaremos con la sucia jauría de reptiles.*

Estruendosos «burras» rodaron sobre la enredada masa humana en respuesta a los rumores de que, a la cabeza de las columnas, con la misma capucha escarlata que el resto de los jinetes, iba el ya cano comandante de caballería que había ganado legendaria fama diez años antes. La muchedumbre bramó y el griterío, ensordecedor, subió al cielo, llevando algún consuelo a los desesperados corazones.

El Instituto estaba en la penumbra. Los acontecimientos del exterior sólo le llegaban en forma de vagos y fragmentarios ecos. Una ráfaga de disparos dejó sus señales en abanico bajo el brillante reloj del Manége: los soldados estaban ejecutando a unos facinerosos que habían intentado robar un piso en la Volkhonka. Había poco tráfico de automóviles por allí ya que la mayoría de ellos se dirigían en masa hacia las estaciones de ferrocarril. En el estudio del profesor, iluminado por una simple bombilla, Persikov permanecía sentado, silencioso, con la cabeza entre las manos. En torno a él flotaban columnas de humo. Ya no había rayo en la cámara y las ranas del

terrario estaban en silencio porque dormían. El profesor no trabajaba ni leía. Bajo uno de sus codos yacía la edición de las pocas noticias despachadas por la tarde: una estrecha hoja de papel que informaba que todo Smolensko estaba en llamas y que la artillería procedía a rodear sistemáticamente el bosque Mozhaisk, sector por sector, para destruir los montones de huevos de cocodrilo puestos en cualquier cavidad natural. Otro informe decía que un escuadrón aéreo había logrado considerable éxito en Vyazma al gasear casi todo el distrito, pero que el número de víctimas humanas en el área era imposible de calcular debido a que, en lugar de evacuar ordenadamente, la gente se había lanzado en grupos, divididos y enloquecidos por el pánico, en todas direcciones y sin contar con los planes establecidos por las autoridades.

Había también un informe sobre la División Especial del Cáucaso, emplazada junto a Mozhaisk, que había obtenido una brillante victoria sobre manadas de avestruces y había hecho pedazos y destruido impresionantes cantidades de huevos. La misma división había sufrido lamentables pérdidas. El Gobierno anunciaba que, si se demostraba la imposibilidad de detener a los reptiles a dos verstas de la capital, ésta debería ser evacuada de forma ordenada. A los trabajadores y empleados se les ordenaba conservar absoluta calma. El Gobierno tomaría las más drásticas medidas para prevenir una catástrofe como la de Smolensko. Allí, la gente, llevada al más desahogado pánico por el súbito ataque de una legión de varios miles de serpientes de cascabel, se había lanzado a una huida desesperada, abandonando cocinas encendidas que pronto hicieron de la ciudad una hoguera de enormes llamas.

Asimismo, se informaba que Moscú tenía suficientes provisiones como para resistir un mínimo de seis meses, y que el comandante en jefe aconsejaba tomar rápidas medidas a fin de fortificar y armar todas las casas para poder luchar contra los reptiles en cada calle de la capital en caso de que el Ejército Rojo y las Fuerzas Aéreas no consiguieran detener su espantoso avance.

El profesor no había leído nada de eso. Ahora miraba delante de sí, con ojos vidriosos, y fumaba. Sólo había dos personas más en el Instituto, Pankrat y el ama de llaves, María Stepanovna, que estaban junto a él. La mujer, de vez en cuando, rompía a llorar. La anciana no había dormido en tres noches al haberlas pasado en el estudio del profesor, debido a que éste se había negado a abandonarlo.

María Stepanovna, acurrucada sobre el sofá de hule, en un sombrío rincón, mantenía una silenciosa y afligida vigilancia, mirando cómo la tetera, con algo de infusión para el profesor, borbollaba sobre el trípode del quemador a gas.

El Instituto estaba silencioso y todo ocurrió de manera súbita.

En la acera se elevó un estallido de irritados gritos que hicieron que la pobre ama se sobresaltase y se pusiese a llorar. Destellaron focos y linternas y la voz de Pankrat se oyó en el vestíbulo del edificio. Pero todo este ruido significaba poco para el profesor. Levantó un momento la cabeza y murmuró:

—Se están volviendo locos... ¿Qué puedo hacer ahora?

Luego, volvió a abismarse en un estupor que le fue súbitamente interrumpido: las

puertas de hierro del Instituto que daban a la calle Herzen resonaron con golpes violentos y las paredes del edificio temblaron ligeramente. El firme espejo que colgaba de la pared de la oficina contigua se partió en dos. La ventana del estudio del profesor voló en pedazos. El adoquín, tras pulverizar el vidrio, cayó sobre el cristal de la mesa de escritorio, destrozándolo por completo y atemorizando a los presentes. Las alarmadas ranas comenzaron a dar saltos en el terrario, produciendo un alboroto tremendo. María Stepanovna empezó a dar vueltas gritando:

—¡Corra, Vladimir Ipatievich, corra!

Este se levantó del taburete, se enderezó, y, levantando sentenciante su dedo índice, contestó, mientras sus ojos recobraban algo del poderoso resplandor del muy inspirado Persikov de antaño:

—No me voy a ningún sitio. Esto es estúpido —dijo—. Pululan al igual que maníacos como si todo Moscú se hubiese vuelto loco. ¿Adonde puedo ir yo? ¡Pankrat! —llamó, al tiempo que apretaba un botón.

Probablemente quería a Pankrat para que acabara con el desorden, que siempre había detestado. Pero Pankrat ya no podía hacer nada. Se terminaron los golpes cuando las puertas del Instituto se abrieron por la furia de los empujones; se oyó un cercano restallar de disparos y todo el edificio de piedra retumbó con el tronar de la gente que corría por sus pasillos vociferando y con el ruido de los cristales que se rompían. María Stepanovna sujetó fuertemente la manga de Persikov y empezó a arrastrarle, pero el profesor se deshizo de ella, se estiró en toda su estatura, y, tal como estaba, con su bata blanca, salió al corredor.

Las puertas se abrieron con un estampido y lo primero que apareció fue la espalda de un militar con gorra roja y una estrella en la manga izquierda. El oficial, al tiempo que era empujado hacia atrás por una muchedumbre furiosa, disparaba su revólver. Luego se volvió y, dando un salto, quedó tras Persikov, al tiempo que le gritaba:

—¡Sálvese, profesor, corra, no puedo hacer nada más!

Sus palabras fueron contestadas por un histérico chillido de María Stepanovna. El oficial saltó más allá de Persikov, que todavía estaba en pie como una estatua blanca, y desapareció en la oscuridad de los tortuosos corredores del otro lado. La gente avanzó entonces gritando:

—¡Cogedle, matadle...!

—¡Es un enemigo público!

—¡Nos ha lanzado las serpientes!

Por los pasillos llegaba un tropel de caras descompuestas. Alguien disparó. Los bastones eran enarbolados con saña. Persikov dio un paso atrás para obstruir la puerta del estudio, donde María Stepanovna se había arrodillado presa del terror, y abrió los brazos como un crucificado... Quería impedir que la gente entrase, y gritó con irritación:

—¡Esto es una verdadera locura...! ¡Sois unas bestias salvajes! ¿Qué queréis? —y luego exclamó—: ¡Fuera de aquí!

Completó su discurso con un agudo grito familiar:

—¡Pankrat! ¡Échelos de aquí!

Pero Pankrat ya no podía echar a nadie. Destrozado y pisoteado yacía inmóvil en el vestíbulo, donde la multitud seguía pateándolo sin prestar atención a los disparos de la milicia que había en la calle.

Un hombre bajo, de piernas torcidas y con una camisa hecha andrajos, se adelantó de repente a los demás, dio un salto hacia Persikov y le abrió la cabeza de un tremendo bastonazo. El científico se tambaleó y cayó lentamente. Sus últimas palabras fueron:

—Pankrat... Pankrat...

María Stepanovna resultó muerta y despedazada en el estudio. La cámara, en la que el rayo se había extinguido hacía ya tiempo, y el terrario, fueron hechos añicos, y las enloquecidas ranas se vieron perseguidas y pisoteadas. Las mesas de cristal quedaron reducidas a trozos, al igual que los reflectores, y una hora después el Instituto era una enorme hoguera.

La noche del 19 al 20 de agosto, una helada sin precedentes se abatió sobre el país, y ni siquiera los más viejos ciudadanos pudieron compararla con ningún caso anterior. Llegó y duró dos días y dos noches, haciendo bajar el termómetro a 18°C bajo cero. Moscú cerró todas sus puertas y ventanas.

Hasta el tercer día los habitantes de la capital no se dieron cuenta de que el frío había salvado a la ciudad y a las vastas comarcas que gobernaba y que habían sido el escenario de la terrible catástrofe.

La caballería de Mozhaisk había perdido tres cuartos de sus hombres y estaba al borde mismo del agotamiento, y los escuadrones de gas no habían podido detener el avance de los repugnantes reptiles, que cercaban Moscú por el oeste, sudoeste y sur, en un semicírculo cada vez más próximo. Los reptiles debieron ser, pues, aniquilados por la helada.

Y, en efecto, dos días y dos noches a 18°C bajo cero fueron demasiado para las abominables manadas. Cuando la helada levantó, no dejando más que charcos y barro sobre la tierra, húmeda la atmósfera y toda la cosecha perdida por el súbito helor, ya no quedaba, de hecho, nadie para luchar. Pero la catástrofe había concluido.

Durante mucho tiempo vastas extensiones de tierra estuvieron putrefactas por los innumerables cadáveres de cocodrilos y serpientes, llamados a la vida por el misterioso rayo que había nacido bajo los ojos del genio de la calle Herzen. Pero ya no eran peligrosos; las criaturas de las exuberantes y cálidas marismas tropicales habían perecido en dos días, dejando en el territorio de las tres provincias la terrible huella de su recién terminada existencia.

En la primavera de 1929 Moscú vibraba otra vez con gran cantidad de luces. De nuevo se oía el crujir de carruajes mecánicos sobre el pavimento mientras que la luna, en cuarto creciente, colgaba, como suspendida de un hilo de araña, sobre la torre de la catedral. En el lugar del Instituto que había sido quemado en agosto de 1928 se elevaba ahora un nuevo palacio zoológico. Su director era el antiguo profesor asistente Ivanov. Persikov ya no estaba allí. El rayo y la catástrofe del año anterior fueron largamente discutidos en todo el mundo, pero, gradualmente, el nombre del profesor Persikov pasó a segundo plano y acabó hundiéndose en la oscuridad, como lo hiciera el rayo escarlata descubierto por él en una noche de abril.

A pesar de lo simple que había sido la combinación de las lentes y los reflejados haces de luz, nadie consiguió volver a obtenerlo, no obstante los esfuerzos de Ivanov. Evidentemente, se requería algo especial además del conocimiento; algo sólo poseído por un hombre en el mundo: el fallecido profesor Vladimir Ipatievich Persikov.



MIJAÍL BULGÁKOV. Novelista y dramaturgo nacido en Kiev. Estudió Medicina, pero renunció a esa profesión en favor de la creación literaria. Sus primeras obras son narraciones satíricas, *Maleficios* (1925), *Corazón de perro* (1925), *Morfina* (1926), y comedias, *El departamento de Zoia* (1926). Alcanzó el reconocimiento con su extensa novela *La guardia blanca* (1925), que se desarrolla en Kiev durante la Revolución y fue dramatizada como *La huida* (1926). Tuvo que enfrentarse a la crítica oficial por su retrato favorable de un grupo de oficiales blancos antibolcheviques durante la guerra civil y la falta de un héroe comunista. Aunque las obras de Bulgákov disfrutaban de gran popularidad, las autoridades le prohibieron publicar a partir de 1930 pues encontraban inaceptable su sátira de las costumbres soviéticas. Su mejor novela, *El maestro y Margarita* fue escrita entre 1929 y su muerte, acaecida en 1940. Trata de los problemas eternos del bien y el mal, utilizando narraciones en paralelo, una de ellas situada en el Moscú contemporáneo y la otra en la Judea de Poncio Pilatos, y oscila de la fantasía y la sátira humorística a la tragedia. La fama de Bulgákov no quedó establecida hasta años después de su muerte, cuando sus novelas, obras de teatro y su biografía *Vida del señor Molière* empezaron a publicarse a partir de 1962.